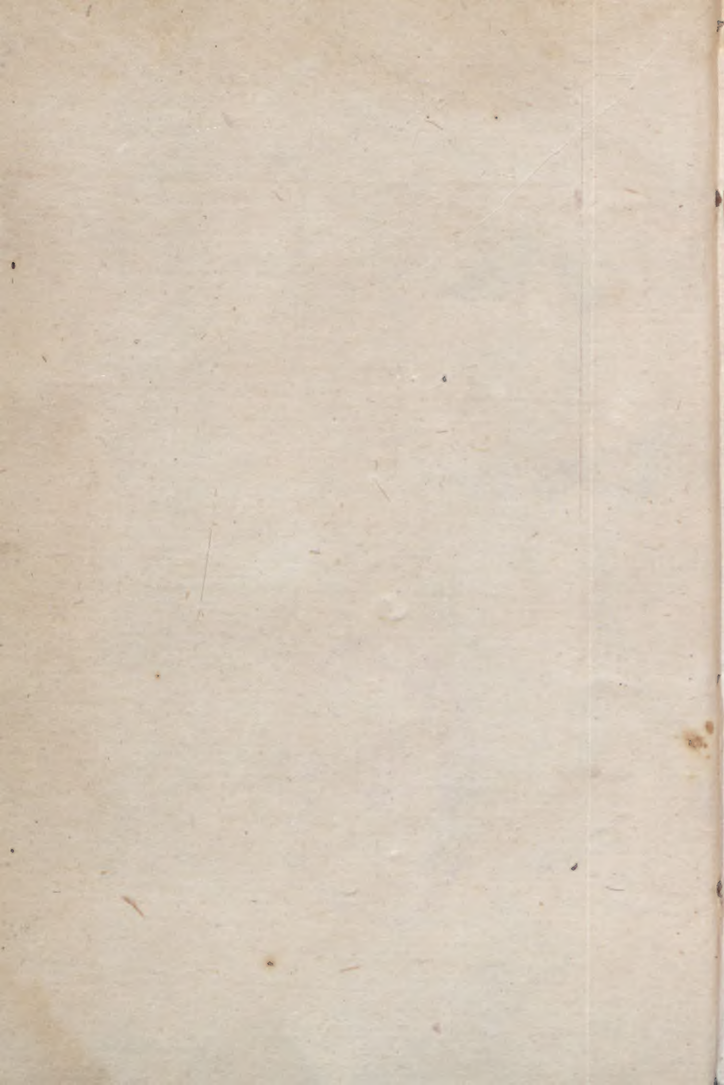








PABLO
Y
VIRGINIA.







INFANCIA DE PABLO Y VIRGINIA

Reclinadas sobre las cunas de sus hijos, hablaban de su casamiento.

PABLO

Y

VIRGINIA.

POR

JACOBO BERNARDINO ENRIQUE
DE SAINT-PIERRE.

NUEVA EDICION
ADORNADA CON UNA LÁMINA FINA,



CON LICENCIA.

VALENCIA: POR ILDEFONSO MOMPIÈ.
1827.

Se hallará en Valencia en la librería de Don Ildefonso Mompié, *calle nueva de S. Fernando; y en Madrid en la de* Don Manuel Barco, *carrera de S. Gerónimo.*

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Me he propuesto grandes designios en esta obrita, en la cual he procurado pintar un suelo y producciones diferentes de las de nuestra Europa. Harto tiempo han estado en posesion nuestros poetas de poner á reposar sus amantes á las orillas de los arroyuelos, en las praderias, y á la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pie de los peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los plátanos y limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Teócritos y Virgilios para que tengamos descripciones tan interesantes á lo menos, como las de nuestro pais. Sé que algunos viageros de gusto han hecho pinturas en-

cantadoras de muchas islas del mar del Sur; pero las costumbres de los habitantes, y aun mas las de los europeos que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos cuadros. Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza, entre los trópicos, la belleza moral de una sociedad poco numerosa; proponiéndome al mismo tiempo demostrar grandes verdades, entre otras: ,,que nuestra felicidad consiste en vivir segun las leyes de la naturaleza y de la virtud, dirigidas por las infalibles verdades del evangelio."

Para pintar familias felices, no he necesitado inventar una novela. Puedo asegurar, que las de que voy á hablar, han existido realmente; que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados en mi presencia por muchos colonos, á quienes he conocido en la isla de Francia. No he hecho mas que añadir algunas circunstancias indiferentes, que siéndome por otra

parte personales, tienen, hasta en esto, cierta especie de realidad. Cuando formé, algunos años ha, un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral, procuré leérsela á una dama que frecuentaba lo que se llama el gran mundo, y á personas graves que vivian muy apartadas de él, á fin de prever el efecto que produciria su lectura en gentes de caracteres tan diversos, y tuve la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fue el unico juicio que pude formar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

Mas como por lo comun la presuncion es un vicio compañero de la cortedad del talento, caí en la vanidad, con tan buen suceso, de intitular mi obra: Pintura de la naturaleza. *Pero habiendo reflexionado despues por dicha mia, cuán distante estoy de conocer el clima en que nací, cuán rica, variada, amable, magnífica y misteriosa se pre-*

senta la naturaleza en aquellos paises, donde no he visto sus producciones sino de paso; y por último, cuán ageno me hallo de poseer aquella sagacidad, expresion y gusto que se requieren para conocerla y retratarla; volví en mí, y agregué este debil ensayo á mis Estudios de la naturaleza, *que el público ha acogido con tanta benignidad, á fin de que recordándole este título mi incapacidad, merezca como hasta aquí la continuacion de su indulgencia.*

PABLO

Y

VIRGÍNIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de *Puerto-Luis*, en la isla de Francia (1), se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada, rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al Norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada *el Morro de la Descubierta*, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla: y al pie de ella, la ciudad nombrada *Puerto-Luis*; sobre la derecha, el camino que va de *Puerto-Luis* al arrabal de las *Pamplemusas* (2); en

seguida la Iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes (3) ó cañas en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la bahía *del Sepulcro* en la playa del mar; un poco mas sobre la derecha el cabo *Desgraciado*; y despues del cabo, el anchuroso Océano, donde aparecen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado *Mira*, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas, que se estrellan á lo lejos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de mura-

llas, á raiz de los cuales, en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos de árboles, donde se detienen las nubes. Las lluvias atraidas por sus picos, retratan muy á menudo en las verdipardas lomas del monte, los colores del iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los *Lataneros* (4).

En su circunferencia reina un profundo silencio, y todo es apacible, el aire, la luz y las aguas. El eco apenas repite allí el murmullo de las palmeras (5), que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flechas, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, á donde no penetra el sol hasta el medio dia; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de frecuentar este sitio, donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Estando pues sentado un dia al pie de estas chozas, examinando sus ruinas, pasó no lejos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del pais, y un cayado de ébano en la mano en que se apoyaba. Eran sus cabellcs blancos como la nieve, y su fisonomía magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió á donde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigí la palabra en estos términos.

¿No me direis, buen amigo, á quien han pertenecido estas chozas? Y él me respondió: Estos escombros, señor, y este terreno inculto, fueron habitados, ahora veinte años, por dos familias que

habian encontrado aquí la felicidad. Su historia es de las mas tiernas; pero en esta isla que está al tránsito para las Indias Orientales, ¿qué europeo puede interesarse en la suerte de algunos particulares oscuros? ¿Quién querria vivir aquí feliz, pero ignorado y pobre? Los hombres solo desean saber historias de los grandes y poderosos de la tierra, que acaso no son de tanto provecho.

Ya conozco, amigo, le contesté, en vuestro semblante y modo de expresaros, que poseeis gran caudal de razon y de experiencia; y así, si no estais de prisa, os ruego me digais todo lo que sabeis acerca de los dos antiguos moradores de esta serranía: y creed, que el hombre, aun el mas depravado con las preocupaciones del mundo, se complace en oir hablar de la felicidad que proporcionan la naturaleza y la virtud, dirigidas por la religion.

Entonces el anciano, despues de haber tenido aplicada breve rato la mano á la frente, como en ademan de quien pro-

cura traer á la memoria diversas circunstancias de algun hecho, me refirió lo siguiente.

En el año de 1726, un joven natural de Normandía, llamado Mr. de la Tour, despues de haber solicitado, aunque inutilmente, entrar en el servicio del Rey de Francia, y los auxilios necesarios de su familia para este fin, determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traía en su compañía una hermosa joven, á quien amaba con ternura, y era igualmente correspondido de ella, con la cual se habia casado en secreto y sin ninguna dote; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia, se habian opuesto al casamiento los parientes, con el pretexto de que Mr. de la Tour no era de noble linage y caballero. Dejóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada, y se embarcó para Madagascar, con la esperanza de comprar en aquella isla algunos negros, y volverse prontamente á hacer aquí un estable-

cimiento. En efecto, desembarcó en Madagascar á mediado de Octubre, que es allí la estacion mas peligrosa; y á pocos dias de haber desembarcado, murió de las fiebres pútridas, que reinan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las naciones europeas formar en ella establecimientos fijos.

Todos sus efectos disipados, despues de su fallecimiento, como ordinariamente sucede á los que mueren lejos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin mas bienes propios que una negra, en un pais extraño, sin crédito ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion á no mendigar favores de ningun hombre, despues de la muerte del único á quien tiernamente habia amado, é inspirándole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava una corta porcion de terreno, á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla casi desierta, cuyo suelo

estaba á discrecion del primero que llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parages mas feraces, ni los mas proporcionados para el comercio, sino que buscando alguna quebrada de monte, algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto, comun á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la Providencia, que viene en nuestro auxilio cuando solo buscamos los bienes necesarios, tenia reservado uno á Madama de la Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿Y cuál era este bien? Una amiga.

Un año habia que habitaba en aqueste mismo sitio una buena muger, activa

y sensible, llamada *Margarita*. Era natural de la *Bretaña*, hija de unos pobres labradores, que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasion, la abandonó con crueldad, y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entonces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dejar para siempre el lugar de su nacimiento, y venir á ocultar su fragilidad á las colonias, lejos de su patria, donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputacion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, y vivian felices.

Madama de la Tour, seguida de su

negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar una muger en situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de Madama de la Tour, quedó penetrada de compasion hácia ella; y queriendo merecer su confianza, mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimularle nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: ,,Yo sí que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, Señora... sin culpa y desgraciada!" Y despues de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de la Tour, penetrada de gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dijo estrechándola entre sus brazos: ,,Ay buena amiga! sin duda quiere el cielo poner término á mis crueles penas, que os inspira mucha mas compasion hácia mi (siendo como soy para vos una

persona extraña) que la que he hallado hasta ahora en mis deudos cercanos."

Yo conocia á Margarita, y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la *Montaña-larga*, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro, impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad en que esta isla apenas tenia comercio con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los extrangeros una obligacion y un placer.

Cuando supe que mi vecina tenia compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrambas. Hallé en Madama de la Tour una muger de una fisonomía atractiva,

llena de dignidad y melancolía, y en dias de parir. Yo les dije, que convenia (por el interés de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extension es de cerca de veinte yugadas (6).

Ellas se pusieron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los *Lataneros*, hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte, llamada la *Cureña*, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregal, por el cual apenas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte interior, que se extiende á lo largo de las márgenes del rio de los *Lataneros*,

hasta esta garganta donde nosotros estámos, desde la cual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aquí aquellos listones ó fajas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos, echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á Madama de la Tour, y la inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su parte; pero me pidieron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas.

Pero todavía se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra

igual, allí inmediato, en los lindes del de Madama de la Tour, para su habitacion; por manera, que estas dos amigas vivian vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduge de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puerta ni tejado. Ay de mí triste! demasiados vestigios existen todavía para tormento de mi memoria! El tiempo que con tanta rapidez reduce á polvo los monumentos de los imperios, parece que respete en este lugar solitario los de la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias!

Apenas habia yo concluido la segunda choza, cuando Madama de la Tour dió á luz una niña; y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba *Pablo*, me rogó Madama de la Tour lo fuese tambien de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recien nacida, *Virginia*, y dijo:

,,Ella será virtuosa y feliz : yo no conocí la desgracia hasta que me extravié del camino de la virtud !''

Luego que Madama de la Tour hubo convalecido de su parto, empezaron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo les prestaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado *Domingo*, era un negro todavía robusto, bien que ya de dias, lleno de experiencia, y dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecia mas ó menos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maiz; algo de trigo en las buenas; arroz en las pantanosas; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como

la miel; el arbol del algodon en las eminencias; cañas de azucar en las tierras recias; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion bananos (7), que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco, para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus buenas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre; componia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de esta y de la otra parte; y egecutaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacia con celo.

Queria mucho á Margarita, y no menos á Madama de la Tour, con cuya negra se casó cuando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba *María*, y era nativa de Madagascar, de donde trajo alguna industria, como la de hacer canastillos de junco y telas de yerbas silvestres. Era María ha-

cendosa, limpia, sumamente fiel; mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis cuan poco seria. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendreis una idea cabal de toda la riqueza y menage de estas dos pequeñas caserías.

Ocupábanse las dos amigas en hilar algodon, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecian de las demas comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que solo se ponian zapatos los dias festivos para ir á oir misa, muy de madrugada, á la Iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aqui á la citada Iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gen-

tes, viéndolas vestidas de tosco coton azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aqui se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos: ¿la opinion y estimacion de las gentes pueden equivaler jamas á la felicidad doméstica? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfaccion y consuelo. Apenas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplemusas, bajaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarlas á subir; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenian en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debian á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero celo y cariño. Ellas mismas, unidas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenian mas

que una voluntad, un interes y una mesa, siendo todo comun entre las dos. Una religion pura, acompañada de costumbres castas é irreprensibles, dirigia su espíritu hácia la vida futura, como la llama que vuela hácia el cielo, cuando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solia decir Madama de la Tour á Margarita: ,,Amiga, cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres." Otras, reclinadas sobre las cunas de sus hijos, hablaban de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordán-

dose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himenéo, y la otra por haberse sometido á sus leyes: aquella, por haber querido elevarse sobre su estado, esta por haber bajado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos mas felices que ellas, gozarian algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virgínia, y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virgínia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazon, porque él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por

debajo de los brazos, cuando apenas podian tenerse de pie, bien así como suele representarse en el cielo la constelacion de Géminis (8). ¡Cuántas veces me he deleitado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para libertarlos de la pesadilla de los sueños, que regularmente perturban la imaginacion de los muchachos!

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprendieron á darse, fueron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educacion no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiéndola hácia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo, y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacia. Pablo todo el dia en continuo movimiento, cavaba en el jardin con Domingo, ó le seguia al monte con una hachuela en

la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajaritos, aun cuando estuviera en la cima de un arbol, trepaba á él para cogerlo y llevárselo á su hermana.

Cuando se le encontraba al uno en algun parage, era seguro que el otro no estaba lejos. Un dia que yo bajaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virgínia al extremo de la huerta, que corria hácia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasagera. De lejos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, vi que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero, debajo de aquel paraguas de su invencion. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entonces de los hijos de Leda (9), encerrados en una misma concha.

Todo su estudio lo ponian en compla-

cerse uno á otro, y ayudarse mutuamente. No sabian ni leer ni escribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivian inquietos por averiguar lo que habia pasado en tiempos remotos ó lejos de ellos, ni se extendia su curiosidad mas allá de este monte. Creían que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecibie donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos; no conocian la mentira, porque no tenian verdades que disimular; ni menos la gula y la intemperancia, porque tenian á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habian enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la Divinidad en la Iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazon

penetrado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora, que anuncia un dia mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virgínia, iba por agua á la vecina fuente, y volvia con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de Madama de la Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerba, debajo de los frondosos banános, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable

contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educacion dulce pintaba en su fisonomía la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenia mas que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, su obliquidad natural hácia el cielo, les daba toda la expresion de una sensibilidad extremada, y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrian ya todos los caractéres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña, y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrian algun tanto de altivez, si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos,

no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el dia estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, é iba á sentarse á su lado. En la mesa apenas se decian una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos antiguos grupos de marmol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe (10).

Aunque Madama de la Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivo de su hija, sentía sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacia decirme algunas veces: ,,Qué seria de la pobre Virgínia, si yo faltase?"

Tenia en Francia Madama de la Tour una tia de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la cual se habia negado cruelmente á socorrerla, cuando se casó en secreto, y á quien desde entonces ha-

bia jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fue madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situacion en que se hallaba en un pais tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. A pesar de este desaire, y de ser Madama de la Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tia, que nunca le habia perdonado el haberse casado con un hombre, que aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo: y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasion, á fin de excitar su compasion á favor de Virginia. Pero se pasaron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion.

Ultimamente, el 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su Goberna-

dor Mr. de la Bourdonais, supo Madama de la Tour que este señor tenia para ella una carta de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia se reducia á decir á la sobrina: ,,que era merecedora de la suerte que tenia, por haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en pos de sí el castigo; que la muerte prematura de su marido era uno de los mas justos del cielo; que habia hecho muy bien en pasar á las islas, antes que deshonrar á su familia en Francia; finalmente, que estaba en buena tierra, donde todo el mundo hacia fortuna, menos los holgazanes."

Despues de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: ,,que ella, para evitar las consecuencias casi siempre funestas del matrimonio, no habia querido casarse ja-

mas." Pero la verdad del hecho es, que como tenia una ambicion desordenada, no habia intentado casarse, sino con un hombre de muchas circunstancias; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la corte todo se mira con indiferencia, menos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea y de entrañas tan crueles.

En posdata añadia: „que sin embargo de todo lo dicho, la habia recomendado eficazmente á Mr. de la Bourdonais." Y en efecto, lo habia hecho así; pero segun la costumbre, demasiado recibida hoy dia, que hace á un protector mas temible que un amante declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad con que habia tratado á su sobrina, la habia calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de la Tour, á quien cualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar con interes y respeto, fue recibida con mucha frialdad de Mr. de la

Bourdonais, prevenido de antemano contra ella; y solo contestó á la patética exposicion que le hizo de su triste situacion y de la de su hija, con estas enfáticas y duras expresiones, propaladas interrumpidamente: ,,Yo veré.... discurrirémos... con el tiempo... son muchos los necesitados!... ¿por qué disgustar á una tia respetable?... vos sois la que teneis toda la culpa.

Volvióse Madama de la Tour á su choza, con el corazon enagenado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y exclamó á su amiga: ,,¡he aquí el fruto de once años de paciencia!'' Pero como ninguno sabia leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apenas hubo acabado, cuando Margarita le dijo con desenfado: ,,¿Qué necesidad tenemos nosotros de vuestros parientes? ¿Nos ha abandonado Dios por

ventura? Él solo es nuestro padre. ¿No hemos vivido felices hasta el dia de hoy? Pues ¿por qué os angustiais? vaya, que no teneis valor!" Y viendo que lloraba Madama de la Tour, se arrojó á su cuello, y estrechándola entre sus brazos, exclamó: ,,¡Querida amiga mia! querida amiga!" Pero sus propios sollozos no le permitieron articular otra palabra.

Al ver esto Virgínia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra los ojos inflamados de cólera; gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber á quien atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudieron á las voces Domingo y María, y no se oia en toda la casa mas que estos acentos de dolor: ,,Ay señora!... ay ama de mi vida!... madre mia... no lloreis!"

Estas demostraciones tan tiernas de afecto mitigaron la pesadumbre de Madama de la Tour, la cual, tomando en sus brazos á Pablo y Virgínia, les dijo con

semblante placentero: ,, Hijos mios, vosotros sois la causa de mi afliccion, pero tambien lo sois de mi alegría. O amados hijos mios! la desgracia no me ha venido de cerca, sino de lejos; la felicidad la tengo al rededor de mí."

Pablo y Virgínia no la comprendieron, pero así que la vieron contenta y sosegada, comenzaron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuaron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada dia manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la Iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrona (11) debajo de los banános que circundaban la casa, la cual parecia un esqueleto de puro flaca, y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á

los pies de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dijo:

,,Caritativa señorita mia, compadeceos de una pobre esclava fugitiva, que hace un mes anda errante y cuasi muerta de hambre por estas sierras, y á veces perseguida de los cazadores y de sus perros. Vengo huyendo de mi amo, que es un colono rico de las riberas de *Rionegro*, el cual me ha tratado como veis." Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo, surcado de arriba abajo de cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lástima, exclamó: ,,Anímate, pobrecita negra! come, come." Y le dió el almuerzo que tenia dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes; viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar:

,,Pobrecita, pobrecita esclava! impulsos me dan de ir á pedir á tu amo que

te perdone, pues en viéndote no es posible que deje de moverse á compasion. ¿Quieres guiarme á donde él tiene su morada?"

,,Angel del cielo, replicó la negra, por lo que á mí toca, estoy muy pronta á guiaros á donde querais; pero la posesion de mi amo está distante de aquí."

,,No importa, no importa" respondió Virgínia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fue conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes, que treparon con mucha dificultad, y vadeando rios profundos, hasta que finalmente llegaron, cerca de medio dia, á la colina que está sobre la ribéra de *Rionegro*, desde donde descubrieron una casa bien construida, grandes plantíos, y una caterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en

la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejijunto.

Virginia toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava, que quedaba un poco mas atras. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos, viéndolos pobremente vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que le salian por debajo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oido el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava; se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto y prorumpiendo en una execrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo seña á la esclava para que se acercara á su amo; y en esto echó á correr acelera-

damente, siguiéndola Pablo.

Volvieron á subir al monte por donde habian bajado, y llegando á la cumbre, se sentaron al pie de un arbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dijo Pablo á Virginia:

,,Hermana mia, ya son mas de las doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí es imposible que hallemos de comer; y así mejor será que volvamos á bajar á la ribera, y pidamos al amo de la esclava nos dé alguna cosa para desayunarnos.''

,,Ay! eso no, Pablo, respondió Virginia: todavía estoy temblando con el susto que he pasado al hablarle! Acuérdate sino de su figura, y de aquello que suele decir mamá: *el pan del malo, llena la boca de arena.*''

,,Pues qué hemos de hacer? replicó Pablo: estos árboles no producen ninguna fruta buena, y por aquí ni siquiera se descubre un tamarindo (12) ó un naran-

jo, para poder refrescar la boca."

,,Dios se compadecerá de nosotros, contestó Virgínia, pues oye el piar de los pajarillos, que piden de comer."

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando sintieron el ruido de una fuente, que caía de lo alto de un peñasco inmediato; corrieron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogieron un manojo de berros de los que crecian en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban mas sustancioso alimento, descubrió Virgínia, entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este arbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer; pero aunque el tronco apenas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta pies de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este arbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo

ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Ocurrióle pues pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabon; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria; y por lo comun, las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues con el corte de la misma piedra un palito igualmente seco, pero de arbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introdujo el palito en aquel agujero, y dándole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Juntando entonces yerbas y ramas secas de árboles, encendió una

hoguera al pie de la palmera, la cual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta, y habiendo comido él y Virgínia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fue para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hicieron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de la buena accion que habian practicado por la mañana; pero turbaba su alegría el recuerdo de la pena que tendrian sus madres por su larga ausencia de casa, y Virgínia hablaba de esto á cada instante. Pero Pablo, sintiéndose mas reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se vieron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñara el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dijo á Virgínia:

,,Nuestra posesion cae al sol de medio-día; nosotros debemos atravesar, como esta mañana, la cumbre de aquella sierra que ves allá abajo con sus tres picos. Vamos pues, Virgínia, echemos á andar."

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los *Tres Pechos* (13), así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella, en figura de pechos. Bajaron por consiguiente al morro ó collado de Rionegro de la parte del norte, y llegaron de allí á una hora á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de selvas y malezas, es, aun en el dia, tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de nombre propio. El que ellos encontraron, corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente asustó de tal modo á Virgínia, que no se atrevió á vadearlo. Pero Pablo tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resbaladizos guijarros del rio, á pesar del ímpetu de sus aguas.

,,No tengas que temer, Virgínia, le decia, que no me pesas nada, antes me siento mas animoso contigo á cuestas. Si el colono de Rionegro te hubiera negado el perdon de la esclava, las hubiera habido conmigo esta mañana."

,,Cómo! exclamó Virgínia: ¿con aquel hombre tan alton y de genio tan malo? Jesus! á lo que te expuse! Válgame Dios! ¡cuán dificil es hacer bien, y cuán facil lo contrario!"

Cuando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisongeándose de que podria subir así la montaña de los Tres Pechos, que veía enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltándole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á bajarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virgínia le dijo entonces: ,,Hermano, el dia comienza ya á declinar; tú todavía tienes fuerzas para caminar, y á mí me faltan. Déjame aquí, y vete tú solo á ca-

sa para tranquilizar á nuestras madres."

,,Irme yo solo! exclamó Pablo: no, no me apartaré de ti, hermana. Si nos coge la noche en esta serranía, encenderé lumbre, derribaré con ella otra palmera, tú comerás el cogollo, y yo te haré con las hojas un ajupa (14) para que duermas al abrigo."

Entre tanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra (15) de una rama de este arbol que pendia sobre el rio, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habian lastimado los pies, que le corrian sangre; pues con la precipitacion y deseo de ser util, se le habia olvidado calzarse. Y sintiéndose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, y se puso en camino, apoyada una mano á la caña y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, cuando la altu-

ra de los árboles y la espesura de sus hojas, les hicieron perder la montaña de los Tres Pechos, que era el punto de su direccion, y aun el sol que iba á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviaron sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entonces habian seguido, y se encontraron metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dijo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura; pero se fatigó en balde. Subióse á lo ùltimo de un arbol muy alto para descubrir á lo menos la montaña de los Tres Pechos; pero no vió al rededor de sí mas que las cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles; el aire iba calmando poco á

poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reinaba en aquellos páramos, y solo se oían los bramidos de los ciervos, que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo con la esperanza de que algun cazador pudiese oirle, gritó entonces con todo su vigor: ,,Venid, venid al socorro de Virgínia!" Pero los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces: ,,Virgínia.... Virgínia."

Bajóse en esto del arbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio; pero no habia ni fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entonces conoció por propia experiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virgínia le dijo: ,,No llores, Pablo, si no quieres afligirme mas: yo soy la que tengo la culpa de todas tus penas, y de la que á estas horas estarán sintiendo

nuestras madres; nada se debe hacer, ni aun el bien, sin consultar á los padres: ¡qué imprudencia la mia!" Y en esto echó tambien á llorar.

Mas de allí á poco rato, dijo á Pablo: ,,encomendémonos á Dios, hermano, y se compadecerá de nosotros." Y apenas habian acabado su oracion, cuando oyeron ladrar un perro.

,,Sin duda, dijo Pablo, este es perro de algun cazador, que viene por la noche á matar ciervos al acecho." Los ladridos se aumentaron de allí á poco. ,,Me parece, dijo Virginia, que es *Leal*, el mastin de nuestra casa.... si.... le conozco en el ladrar.... si estaremos ya en nuestra posesion?"

En esto se presentó á sus pies *Leal*, ladrando, aullando y comiéndoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastin, y las fiestas que les hacia, sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio avistaron á Domingo, que corria hácia ellos; y á la llegada de este

buen negro, que lloraba de gozo, echaron á llorar ellos tambien, sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento, exclamó: ,,Ah hijos mios! qué sentimiento tienen vuestras madres! cómo se quedaron sorprendidas, cuando al volver de la iglesia, á donde yo las habia acompañado, no os encontraron en casa! María no les supo decir á donde habiais ido, porque estaba trabajando en un rincon de casa. Yo andaba de aquí para allí sin saber dónde buscaros, hasta que últimamente tomé vuestra ropa vieja, y se la dí á oler á *Leal* (16); y el pobre animalito, como si me hubiese entendido, inmediatamente empezó á rastrear vuestras pisadas, y me condujo, dando sin cesar á la cola, hasta Rionegro, donde me dijo un colono que le habiais llevado una negra, á quien por vuestros ruegos habia concedido el perdon. Pero, qué perdon! Allí me la mostró atada á un madero, con una cadena al pie, y un co-

llar de hierro á la garganta con tres escarpias. Desde allí se dirigió *Leal*, rastreando siempre, á la montaña de Rionegro, donde se detuvo algun tiempo, ladrando con la mayor fuerza en el borde de una fuente, junto á una palmera recien caida, y cerca de una hoguera que todavía humeaba. Finalmente, acaba de traerme aquí, que es la falda de la montaña de los *Tres Pechos*, y todavía faltan cuatro leguas hasta nuestra posesion. Vaya, vaya; comed ahora, y tomad ánimo."

Y diciendo esto, sacó una torta de pan, varias frutas, y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua, vino, zumo de cidra, azucar y nuez moscada, que sus madres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordándose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetia muchas veces: ,,qué dificil es hacer bien!"

Mientras los dos tomaban alimento,

sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachon, y lo encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, cuando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virgínia no podian dar un paso, porque tenian los pies muy binchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabia si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto exclamaba: ,, ¡ Adónde se ha ido aquel tiempo en que yo os llevaba á los dos juntitos en mis brazos! Pero ahora vosotros ya sois grandes y yo viejo."

Estando así perplejo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos; y acercándose el caudillo á Pablo y Virgínia, les dijo: ,,No os asusteis, mis buenos niños blancos: esta mañana os vimos pasar con una esclava de Rionegro, y sabemos que habeis ido á pedir perdon para ella á su mal amo;

y así en reconocimiento de tan generosa accion, nosotros os conduciremos á vuestra posesion en nuestros propios hombros." Y á una señal suya, cuatro negros de los mas robustos formaron al instante una especie de andas de ramas de árboles, entretejidas con lianas (17) ó enredaderas; colocaron en ellas á los dos muchachos, y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partieron de allí, en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virgínia, enternecida, dijo á Pablo: ,,O hermano mio! nunca deja Dios sin galardon una accion buena."

Llegaron á media noche al pie de su montaña, cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras; y al tiempo de subir, oyeron que les gritaban y decian: ,,¿Sois vosotros, hijos mios?" Y ellos respondieron á una con los negros: ,, Sí señoras: nosotros somos, nosotros somos!"

Acercáronse mas, y vieron á sus ma-

dres y á María, que les salian al encuentro con teas encendidas. ,,¿De dónde venís, hijos cuitados?" exclamó Madama de la Tour.

,,Venimos, respondió Virgínia, de Rionegro, de pedir el perdon para una esclava, á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia, porque la pobrecita estaba cayéndose muerta de hambre; y estos negros reconocidos, nos han traido en hombros hasta aquí."

Madama de la Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra; y Virgínia que sentia humedecerse sus megillas con las lágrimas que corrian por las de la madre, le dijo: ,,Vos me indemnizais con exceso, madre mia, de los trabajos que hoy he pasado."

Margarita enagenada de gozo, estrechaba á Pablo entre sus brazos, y le decia: ,,Y tú tambien, hijo mio, has hecho una buena accion."



Luego que llegaron con sus hijos á casa, dieron bien de comer á los negros;

los cuales se volvieron á las selvas, deseándoles toda suerte de prosperidades.

Todos los dias eran para estas familias dias de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambicion no las atormentaban. No deseaban una vana reputacion exterior que da la intriga, y quita la calumnia: bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla, donde (como en todas las colonias europeas) solo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes, y aun sus nombres, eran ignorados y desconocidos. Solamente cuando algun pasagero preguntaba, desde el camino de las Pamplemusas, á los habitantes del llano: ,,¿Quién vive en aquellas dos chozas que están allá en el alto?" Estos respondian sin conocerlas: ,,son unas buenas gentes." A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exhalan á lo lejos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion, que so color de justicia dispone

necesariamente el corazon á la simulacion ó al aborrecimiento; porque es poco menos que imposible dejar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es, que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes, ó con nosotros mismos.

Pero Madama de la Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, solo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general; y aunque esto no estaba en su mano, tenian á lo menos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente, viviendo en la soledad, lejos de ser feroces é intratables, se hicieron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversacion, la de la naturaleza arrobaba sus

almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una Providencia, que por sus manos habia derramado en medio de la aridez de estos peñascos la abundancia, las gracias y los placeres, siempre puros y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años, mas robusto y mas inteligente que los europeos á los quince, hermoseaba por sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar el tierno limonero, el naranjo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero (18), cuya fruta llena de una substancia azucarada, despide de sí la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles ya crecidos al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros, que al segundo año llevan flores ó frutos, como el agatio (19), al rededor del cual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas;

el lila de Persia (20) que eleva verticalmente sus gir ndulas de color morado; el papayo (21), cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas, parecidas á las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles (22), guavayos (23), paltos (24), jaceros (25) y jamberos (26), de los cuales la mayor parte daban ya sombra y fruto á su joven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parages menos fecundos de esta quebrada, diversas especies de aloes (27), la raqueta (28) cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos (29) se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlatadas, que pendian acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal

orden, aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primer ojeada, porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera, que este vasto circuito, mirando desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiña de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza; antes por el contrario, siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecia en su sitio proporcionado, y cada sitio recibia del vegetal su adorno natural. Las aguas que bajan de la cumbre de esos montes, formaban en el fondo del valle, aquí fuentes, allí estan-

ques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran por la mayor parte tan accesibles al tacto como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudábamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. Él practicó una senda, todo en rededor de este recinto, de la cual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar con la mas feliz armonía la comodidad del paseo con la asperéza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases rellenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana (30) y otros ar-

bustos que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubrieron de verdor y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barrancos, guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes, formaban como bóvedas subterráneas impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Una vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un arbol doméstico cargado de fruta. Aquí habia una mies, allá un vergel: por esta calle se descubrian las cabañas; por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamacos (31) entretejidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguia en él ningun objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la extremidad de ese gran peñasco que sale del monte, se descubrian

todos los objetos de este recinto, con el mar á lo lejos, donde aparecia de cuando en cuando alguna nave que venia de Europa ó regresaba á ella, y ahí era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la frescura del aire, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto, eran los mas agradables y expresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veian venir, se llamaba la *Atalaya de la Amistad*. Pablo y Virgínia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurrieron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaban un pañuelito blanco, para anunciar la llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera cuando se divisa alguna nave en el mar.

Vínome un dia á la idea grabar una

inscripcion en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa el leer una inscripcion bien hecha. Entonces me parece que una mano humana sale de la piedra, se hace oir por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripcion es de alguna nacion antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí pues en el bambú de Pablo y Virgínia estos versos de Horacio:

Fratres Helenæ, lucida sidera,
Ventorumque regat pater,
Obstrictis aliis, præter japiga.

,,Que los hermanos de Helena, astros brillantes como vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros pasos, y no permitan os sople otro que el céfiro blando."

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde lejos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio.

Fortunatus et ille deos qui novi agrestes!

,,Dichoso tú, hijo mio, en no conocer mas que las divinidades campestres!"

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de Madama de la Tour.

At secura quies, et nescia fallere vita.

,,Aquí habita una buena conciencia, y una vida que no sabe engañar."

Pero Virgínia que no aprobaba mi latin, decia que el que yo habia puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha:

Siempre agitada, pero constante.

Y habiéndole contestado yo: ,,esa divisa convendria mas bien á la virtud;" se puso sonrosada con mi reflexion.

Estas venturosas familias, extendiendo la sensibilidad de sus almas á cuanto las rodeaba, habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos, de banábos, y de jamberos, plantados en torno de una explanada de céspedes, donde solian bailar Pablo y Virgínia, se llamaba la *Concordia*. El arbol antiguo, á cuya sombra se contaron mutuamente sus desgracias Madama de la Tour y Marga-

rita, tenia por nombre *Las Lágrimas Enjugadas*. Llamábanse *Bretaña* y *Normandía* dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes; y á imitacion de sus amas, Domingo y María, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa, dieron los nombres de *Angola* y *Foullepointe* á dos terrenos que producian los juncos de que hacian los canastillos, y donde habian sembrado un calabazar. Así que con la vista de las producciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su pais, y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra extraña. Ay de mí triste! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes y las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo cuando Dios queria, y actualmente tan desfigurado y destruido, que semejante á un campo de la Grecia, no ofrece mas que nombres tiernos, escombros, y tristes ruinas.

Pero de cuantas situaciones deliciosas ofrecia este circuito, ninguna igualaba á la que se llamaba el *Recreo de Virginia.* Al pie del peñasco de la *Atalaya de la Amistad* hay una concavidad de donde sale una fuente, que á pocos pasos de su nacimiento, forma una especie de laguna en medio de un prado de yerba fina. Cuando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el arbol que produjeran, sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo; y Madama de la Tour, siguiendo el egemplo de Margarita, plantó alli otro con el mismo intento, cuando parió á Virgínia. Nacieron en efecto dos cocoteros (32) que componian los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virgínia. Crecieron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en altura, excedian ya á los

doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretegiendo mutuamente sus palmas, dejaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A excepcion de los dos cocoteros, todo lo demás de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardioscuros, anchos culantrillos como verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidas en el aire á manera de listones de color verde púrpura; y entre otras crecia en abundancia la pervinca (33) ó yerba doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerba balsamina (34), cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basiliscos (35) del olor de la pimienta, exhalaban la mas dulce fragancia.

Del repecho de la montaña pendian las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tendederos de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraidas de la apacibilidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar hácia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la cogujada marinos, y en lo alto de los aires la negra fragata (36) y el pájaro blanco (37) del trópico, que como el astro del dia, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virgínia sumo deleite en ir á reposar en la margen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenia mientras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse, como en el aire, en las cornisas

de las peñas, haciendo hincapié en ellas, como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virgínia, llevó allí del bosque inmediato nidos de toda especie de pájaros, cuyos padres atraidos del amor de sus hijuelos, fueron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virgínia les echaba á ciertas horas granos de arroz, de maiz y mijo. De modo, que luego que ella se presentaba, los mirlos silbadores, los bengalíes (38) cuyo gorjeo es tan delicioso, los cardenales (39) de plumage color de fuego, dejaban los zarzales: los papagayos verdes como esmeraldas, bajaban de los lataneros inmediatos; las perdices corrian por entre la yerba; y mezclados unos con otros, llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenian por lo regular en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

Amables niños! vosotros pasabais así los primeros dias en la inocencia, egerci-

tándoos en hacer bien! ¡Cuántas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus brazos en aqueste mismo sitio, bendecian al cielo por el consuelo que preparabais á su vejez, viéndoos entrar en la vida bajo de tan felices auspicios! ¡Cuántas á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningun animal habian costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banáno, cestos colmados de batatas, de ambas (40), de naranjas, de granadas, de banánas (41), de anánas (42) y de atas (43) nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables, los colores mas alegres, y los jugos mas sustanciosos.

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable, como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo comun Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que habia trabajado aquel dia, y de lo que tenia que trabajar el siguien-

te; y continuamente estaba pensando en algun trabajo util para la comunidad. ,,Aquí, segun él, las sendas no son cómodas: allá los asientos no estan del todo blandos; estos nuevos emparrados no dan la sombra necesaria; Virgínia estará mejor allí." Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el dia todos juntos en casa, ocupados amos y criados en hacer esteras de yerbas, y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veían colocados con el mejor orden, rastrillos, hachas, azadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo, y cuelgas de banánas, tan delicado todo como abundante. Virgínia, enseñada por su madre y Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compostas, licores y bebidas cordiales, con el jugo de las cañas de azucar, de limon y de acimboyas (44).

Por la noche cenaban á la luz de una lamparilla, y despues de cenar solia contar Madama de la Tour ó Margarita la historia de varios caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder egercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias para ir á reposar, mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se desgajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traían desde lejos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecian al Autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo

tanto mayor su reconocimiento, cuanto se consideraban mas distantes del peligro.

De cuando en cuando leía Madama de la Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antiguo ó nuevo Testamento, y se enardecian sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza, sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto, donde admiraban sin cesar una Inteligencia infinita, omnipotente, y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el orden de la naturaleza, hallaron en sí mismas, y excitaron en sus hijos estos sentimientos

que inspira en todos la misma naturaleza, para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple, suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, cuando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras que con reflexiones, empleando cada cual en esto su caracter particular: Margarita, su alegría y viveza natural: Madama de la Tour, una moral dulce: Virgínia, tiernas caricias: Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuían por su parte contristándose con el que veían llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretejen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al ímpetu de los huracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los dias festivos á la Iglesia de las Pam-

plemusas, cuya torre veis allá abajo en el llano, á donde concurrian colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los cuales se empeñaron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecharon siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos solo buscan á los pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente, sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitaron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasaron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atencion, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se con-

ciliaron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas, para que egercieran con ellas algun oficio de caridad; y ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del pais, y las distribuían con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenian particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de la Tour hablaba con tanta confianza de la Divinidad, que oyéndola discurrir así los pacientes, les parecia que la tenian allí presente. Virginia volvia comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas,

pero con el corazon penetrado de alegría, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la Montaña-larga hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones; y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algun rio, de los que en esta isla solo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales, que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia, en cuyas riberas pescábamos barbos, salmo-

netes, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy lejos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Pablo, que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas; y cuando estas se acercaban, huía hácia nosotros, delante de sus grandes volutas (45) ó roleos espumosos y bramantes, que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virgínia toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánticos y danzas de los jóvenes. Virgíuia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar

sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces egecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguage del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los blancos suelen aprenderla á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leidas por su madre, que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademan de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponian á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenia á los pasto-

res, llenaba el cántaro de Virgínia, y poniéndoselo en la cabeza, ceñia su frente con una corona de pervinca ó yerba doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entonces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el personage de Raquel, y concedia á Pablo mi hija Séfora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, cuando volvió viuda y pobre á su pais, donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María representaban los segadores: Virgínia figuraba que iba recogiendo detrás de ellos las espigas dejadas aquí y allí; y Pablo, imitando la gravedad de un patriarca, le hacia varias preguntas, á que ella respondia como temblando de miedo. Movido al fin de compasion, concedia asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virgínia de toda suerte de provisiones, y la conducia á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, y

declarando que la elegia por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de la Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez y el buen recibimiento que habia tenido de Margarita, acompañado á la sazon de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podia dejar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacia derramar lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creía transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y orquesta conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena, era por lo comun en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban al rededor de nosotros muchas galerías de frondosidad y de follage, donde pasábamos la mayor parte del dia del calor. Mas cuando el sol se aproximaba al hori-

zonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles, se hacian divergentes (46) entre las sombras de la floresta, en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, hacía parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio, debajo de la frondosa hoja, para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban todas á una al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo con estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templado del clima, nos permitia dormir en medio del campo, debajo de un arbol, sin el me-

nor recelo de ladrones, ni allí ni en nuestras casas, á donde volviendo cada uno el dia siguiente, la hallaba como la habia dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fe que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virgínia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virgínia no dejaba de amasar y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habian probado jamas pan europeo, destituidos de todo auxilio por parte de los negros; y reducidos á alimentarse de la yuca (47) en medio de las selvas, no tenian para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el único regalo que la situacion de su fa-

milia le permitia hacer á Virgínia ; pero las repartia con tal agrado , que les añadia un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevárselas á sus mismas habitaciones ; y las pobres familias reconocidas , prometian al tiempo de recibirlas , ir á pasar todo el dia siguiente en casa Madama de la Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados , y tan tímidos , que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virgínia al punto los colocaba cómodamente , y les servia ciertos refrescos , cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular , que en su concepto , acrecentaba su valor , diciéndoles : ,, Este licor lo ha hecho Margarita : este otro mi madre : mi hermano ha cogido por su misma mano esta fruta en la cima de un arbol." Y otras cosas á este modo.

Despues incitaba á Pablo á que les hiciera bailar , y no se apartaba de su lado mientras no los veia satisfechos y conten-

tos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decia: „No es posible hacer la felicidad propia, sin ocuparse en la de los demas." Y así, cuando se habian de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que los habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veía muy andrajosos, escogia algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacia el bien, á egemplo de la Divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha

esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales, pero la naturaleza y el corazon son inagotables. Pablo y Virgínia no tenian relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia, ni de filosofía. Los periodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza; conocian las horas del dia por la sombra de los árboles: las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacian muy delicioso su modo de expresarse: ,,Ya es hora de comer, decia Virgínia á los suyos, pues á los banános les da la sombra á los pies; se acerca la noche, porque los tamarindos cierran sus hojas." ,,¿Cuándo vendrás á vernos? le preguntaban algunas amigas de las inmediaciones: ,,Para las cañas del azucar" respondia Virgínia. ,,Tu visita, contestaban las muchachas, será para nosotras tanto mas gustosa y apreciable."

Cuando le preguntaban su edad y la

de Pablo, respondia: ,,Mi hermano tiene los mismos años que el cocotero alto, y yo que el mas bajo: los mangles han dado doce veces su fruto, y los naranjos veinte y cuatro veces la flor desde que estoy en este mundo.'' De suerte, que su vida parecia que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Dríadas y Faunos (48). No conocian mas épocas históricas, que las de las vidas de sus madres, ni otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero de buena fe, ¿qué necesidad tenian estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y experiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado

arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasion funesta depravara su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor, desplegaban de dia en dia la belleza de sus almas en gracias inefables, expresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virgínia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamórfosis ó transformacion extraña, que causa tantos bienes ó tantos males, segun el impulso y direccion de las circunstancias. Virgínia era víctima de sí misma, sin conocerlo; y en aquel estado ni sabia á qué atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentia aquella alegría, que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fue cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento univer-

sal acabaron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija; pero como prudente y experimentada, le decia: ,,Dirígete á Dios, hija mia, que es quien dispone á su arbitrio de la salud y de la vida de los mortales, y quiere experimentar hoy tu constancia para premiarte mañana: acuérdate de que no hemos venido á este mundo, sino para egercitar la virtud."

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, vinieron á egercer aquí sus estragos. Cuando el sol toca al signo de Capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del océano elevados por la intension de los rayos solares, cubriendo un dia toda la isla como un vasto parasol, de resultas

de haber calmado el viento sudeste, que es el que reinando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores, despedian de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzaron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una isleta de esta esplanada donde estan las cabañas, y de este valle una esclusa, por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de Madama de la Tour, cuyo techo crugia horriblemente con la violencia de los aires; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que

entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguia con el resplandor cuanto habia dentro de ella. Pablo intrépido como él mismo, andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fijando allí una estaca; y si alguna vez entraba en la de Madama de la Tour, solo era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tardecita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos corrieron hácia el nordeste, y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virgínia fue ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto aire de timidez, y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El aire ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sen-

siblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardin estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiesen quedado en sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros, á excepcion de algunos bengalíes, que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion, dijo Virginia á Pablo: ,,Ya ves como el huracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú trajiste á este sitio, y como ha destruido el jardin hecho por tu mano. En esta vida no hay cosa que no sea perecedera, y solo son inmutables las del cielo.''

,,¡Que no tuviera yo para podértela ofrecer, le contestó Pablo, alguna cosa del cielo! pero es tanta mi pobreza, que ni siquiera poseo la menor prenda de va-

lor sobre la tierra." ,,Bien lo sé, replicó ella, medio sonrosada, pero tú tienes la efigie de San Pablo." No bien oyó aquello Pablo, cuando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura, que representaba á San Pablo primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion; y despues de haberlo llevado muchos años al cuello siendo soltera, se lo puso al hijo, luego que fue madre. Sucedió tambien, que estando ella en cinta de Pablo, y viéndose desamparada de todos, (á fuerza de contemplar en la imagen del Santo Anacoreta) se le parecia en alguna manera su hijo Pablo, cuya circunstancia la habia decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo, que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los cuales, despues de haberle seducido pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pa-

blo, le prometió no quitársela del cuello mientras viviera, ni olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseía sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á Madama de la Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atencion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero Madama de la Tour le respondió: ,,Todavía son demasiado jóvenes y pobres para eso. ¡Qué sentimiento no tendríamos en ver á Virgínia cargada de hijos, que tal vez no podria criar por falta de fuerzas! Vuestro negro Domingo ya está bastante cascado, y María enferma. Por otra parte, amiga mia, yo me siento muy debil y deteriorada, al cabo de quince años que vivo en un clima ardiente como este, donde se envejece mas pronto que en los frios, y mucho mas con los quebrantos y pesares. Pablo es nuestra única esperan-

za, y debemos aguardar por lo mismo á que medre y adquiera el vigor necesario para que sea capaz de sostener nuestra vejez. En el dia bien sabeis que solo tenemos lo necesario para vivir: dentro de poco dispondremos que Pablo pase á las Indias por cierto tiempo, donde adquiera con el comercio la suficiente cantidad de dinero para comprar un esclavo; y á la vuelta le casaremos con Virgínia, pues considero que es el único hombre que puede hacer feliz á mi amada hija. Mas esto lo consultaremos despues con nuestro vecino."

En efecto, habiéndolo hecho ellas así, fui de su mismo dictamen, y les dije, que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, cuando mas, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta: que yo buscaria persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de cuantos le conocian; y que aun cuando no

le diésemos mas que algodon en rama, del cual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarlo; palo de ébano, tan comun aquí, que se usa para la lumbre; y algunas resinas, que se pierden en nuestros bosques; todo esto lo venderia en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á Mr. de la Bourdonais el pasaporte para el viage, y antes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion, cuando este joven me dijo, con una madurez muy superior á sus años: ,, ¿Por qué quereis que yo deje á mi familia, por no sé qué proyecto de fortuna? ¿Hay por ventura en el mundo un comercio mas lucrativo que el cultivo de la tierra, que da cincuenta y aun ciento por uno? Si queremos comerciar, ¿no podremos hacerlo, llevando á vender á Puerto Luis lo que nos sobre, sin necesidad de que yo vaya á correr las Indias? Nuestras ma-

dres dicen que Domingo está viejo y cascado; pero yo soy muchacho, y cada dia me siento mas robusto. ¿Y si durante mi ausencia les sucediese alguna desgracia, particularmente á Virgínia, que de algun tiempo á esta parte anda tan triste y desazonada? Ah! eso no, eso no: no lo penseis; es imposible que me resuelva á ausentarme de su vista!"

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplejidad; porque Madama de la Tour no me habia ocultado la situacion de Virgínia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenian, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió Madama de la Tour una carta de su tia, por una embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el cual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de

aquella vieja, de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la cual degenerando en extenuacion, se hacia incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducia en substancia á decir á su sobrina: ,,que se volviese á Francia, ó que en el caso de no permitirle su salud emprender un viage tan dilatado, le enviara á Virgínia, á quien pensaba dar una buena educacion y destino decente en la corte, con la posesion de todos sus bienes; y aun añadia, que en el cumplimiento de aquellas sus órdenes consistia la continuacion de sus favores.''

No bien habia acabado de leer Madama de la Tour la referida carta á la familia, cuando todos se quedaron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y María comenzaron á llorar: Pablo inmovil sin saber lo que le pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse: Virgínia, con los ojos fijos en su madre, no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dijo

Margarita á Madama de la Tour: ,,será posible que nos dejeis al cabo de tantos años!"

,,No, amiga mia; no, hijos mios, exclamó Madama de la Tour, no os abandonaré jamas! Yo he vivido con vosotros, y con vosotros quiero morir, porque no he conocido la dicha sino en vuestra compañía. Si mi salud está deteriorada, tienen la culpa de ello los antiguos disgustos. La crueldad de mis parientes y la pérdida de mi amado esposo, me penetraron hasta lo mas íntimo del alma; pero despues acá he experimentado mas satisfaccion y consuelo con vosotros debajo de estas humildes chozas, que cuantos bienes y felicidades pudieran ni pueden prometerme en mi patria las riquezas de mi familia."

Acabando de decir estas palabras, empezaron tódos a verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de Madama de la Tour, le decia: ,,No me separaré jamas de vos, ni iré á las Indias;

todos trabajaremos aquí para vos, amada mamá, y nada os faltará en nuestra compañía." Pero la que manifestó menos alegría que los demas, sin embargo de que era la que la habia sentido mas viva, fue Virginia, la cual se conservó lo restante del dia con la satisfaccion de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad, antes de ponerse á almorzar, segun lo tenian de costumbre, les avisó Domingo, que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era Mr. de la Bourdonais, el cual habiéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando al rededor de una mesa donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y banánas frescas. La única vagilla de que se servian, eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banáno.

Manifestó el Gobernador por el pron-

to su sorpresa viendo la pobreza de aquella familia; y dirigiéndose despues á Madama de la Tour, le insinuó, que los negocios generales de su empleo le habian estorbado algunas veces de pensar en los particulares: pero que ella era acreedora á toda su atencion. ,,Vos teneis, Madama, añadió, una tia muy rica y distinguida en París, que os deja por heredera de todos sus bienes, y os espera cuanto antes á su lado."

Contestóle Madama de la Tour, que su salud achacosa no le permitia emprender un viage tan expuesto como largo.

,,Pero á lo menos, replicó el Gobernador, no podreis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida á una hija tan joven y amable como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tia se ha valido de la autoridad para llevársela, y que á este fin me escribe, use de todas mis facultades en caso necesario. Mas como yo no las egerzo sino para hacer felices á los habitantes

de esta isla, espero de vuestra voluntad solo un sacrificio de algunos años, del cual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bien estar para toda la vida. A qué se viene á las islas? no es para enriquecerse en ellas? Pues no será mejor y mucho mas gustoso el ir á encontrarlas en su patria?" Diciendo estas palabras, y mandando á uno de sus negros dejar sobre la mesa un gran talego de pesos que llevaba, añadió: ,, Aquí teneis ese dinero que vuestra tia ha destinado para los preparativos del viage de la chica."

Despues comenzó á reconvenir con cortesanía y atencion á Madama de la Tour, porque no habia recurrido á él en sus necesidades, aunque elogiando al mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dijo á Mr. de la Bourdonais: ,, Señor Gobernador, mi mamá ha recurrido á vos, y la habeis recibido mal."

,,Teneis otro hijo?'' preguntó prontamente el Gobernador á Madama de la Tour.

,,No señor, contestó ella; este es el hijo de mi amiga Margarita, y á él y á Virgínia los amamos igualmente, y son para nosotras hijos comunes.

,,Niño, dijo el Gobernador encarándose á Pablo, cuando llegues á tener experiencia del mundo, conocerás la desgracia de los que mandan, y la facilidad con que son engañados, dando al vicio intrigante é impudente lo que solo pertenece al mérito que se oculta.''

Convidó entonces Madama de la Tour á Mr. de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el Gobernador, sentándose á su lado y tomando café, mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El cual quedó tan encantado del orden y aseo de la cabaña, de la union edificante de las dos familias, y hasta del celo de sus ancianos criados, que dijo: ,,Aquí no hay sino muebles de madera,

pero se ven rostros serenos, y corazones de oro."

Pablo, prendado de la popularidad y llaneza del Gobernador, le dijo, que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien; y Mr. de la Bourdonais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo llamó aparte á Madama de la Tour, y le dijo, que habia ocasion en el dia de enviar á su hija á Francia, en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela: que la recomendaria á una parienta suya, que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. "Vuestra tia, añadió al tiempo de partir, no podrá vivir mas de dos años, segun me escriben sus amigos; miradllo bien, y consultadlo allá para con vos, pues no todos los dias se muestra risue-

ña la fortuna. No habrá persona de juicio que no pierse como yo.”

Madama de la Tour le respondió, ,,que no deseando en este mundo mas felicidad que la de su hija, dejaria absolutamente al arbitrio del Señor Gobernador su partida para Francia.”

Como á Madama de la Tour no la disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á Pablo y Virgínia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó aparte á su hija de allí á pocos dias, y le habló en estos términos:

,,Hija mia, ya ves que nuestros criados son ancianos, que Pablo es muy joven, que su madre va siendo vieja, y que yo estoy muy achacosa de males: ¿qué seria de ti entre estas breñas, si yo llegase á morir? ¿Podrias resistir sola, y sin ninguna otra persona que te ayudase, viéndote precisada á trabajar continuamente la tierra, como una muger mercenaria, para ganar el sustento diario? Ah!

esta reflexion, Virgínia mia, me traspasa las entrañas de dolor!"

Al oir esto Virgínia, lė replicó: „Dios nos ha condenado á todos al trabajo; y vos, madre mia, me habeis enseñado á trabajar, y bendecirle cada dia. Hasta aquí no nos ha abandonado, ni nos abandonará en adelante, pues su providencia vela particularmente sobre los infelices, segun millares de veces me lo habeis insinuado. No es posible que yo me determine á dejaros."

Madama de la Tour, conmovida con semejantes razones, le contestó sin detenerse: „No creas, hija mia, sea otro mi intento que hacerte feliz, y casarte algun dia con Pablo, que no es hermano tuyo: considera ahora que tienes en tu mano su felicidad y la tuya."

Con semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuvo dificultad Virgínia en abrirla de par en par su corazon, declárandole sin disfraz ni rebozo la inclinacion, hasta entonces se-

creta, de su alma; y viendo que su madre la aprobaba, y dirigia á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamas de su lado, y vivir en su compañía sin agitacion en cuanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo Madama de la Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella esperaba, aseguróle, que no queria violentar su inclinacion, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decia, „cuando el corazon de una doncella está cautivado, ya no le queda al amante otro sacrificio que exigir de ella."

A este tiempo se dejó entrar por la puerta el confesor de Madama de la Tour, enviado por el Gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las cuales se redujeron á que era forzoso someterse á las órdenes de la Providencia, que tenia dispuesto hacer

feliz á Virgínia por aquel camino ; y que supuesto que Madama de la Tour no podia emprender el viage por el mal estado de su salud, debia hacerlo sin mas dilacion su hija Virgínia, á fin de complacer á su tia y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oido semejantes razones la obediente Virgínia, bajó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: „Si así lo dispone el cielo, á nada me opongo: hágase la voluntad del Señor," añadió, exhalando un profundísimo suspiro.

En aquel estado, me envió á decir Madama de la Tour con Domingo, le hiciese el favor de pasar á su cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virgínia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fui de opinion que no emprendiera semejante viage. Porque habeis de saber, que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de la natu-

raleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la extiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepcion ni diferencia.

Pero ¿qué eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente Madama de la Tour solo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fue mas dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictamen de los dos personages que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dejó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de las conversaciones secretas de Madama de la Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: ,, Algo se trata contra mí, cuando

tanto se recatan de que yo las oiga."

Al punto que se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, treparon á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India; magníficas colonías de Gondelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatan, muselinas de Daca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surate muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China; en suma, todas las producciones mas exquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las cuatro partes del mundo.

Quiso Madama de la Tour que Virgínia comprase á su arbitrio lo que mas le agradara, y solo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto, Virgínia comenzó á elegir todo aquello que le pare-

cia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre: ,,esto es muy bueno para muebles, aquello para el uso de María y de Domingo." Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dijo con tono desmayado y lastimero. ,,Mi hermana, sin duda va á partir, pues la veo hacer los preparativos para el viage. Ruégoos, paseis á nuestra posesion, y empleeis todo el ascendiente que teneis sobre el ánimo de su madre y de la mia, para que no se vaya." Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos; aunque bien

persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso, que si Virgínia me habia encantado hasta entonces, con el vestido de coton azul de Bengala y el·pañuelito encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera, cuando la vi engalanada al modo de las damas de este pais. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetan color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacian la mas perfecta armonía con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazon agitado de una pasion reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacia tan interesante su languidez y desmadejamiento, que nadie podia verla ni oirla, sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situacion de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entonces le habia ocultado. Llamóle pues aparte un dia, y le dijo:

,,¿A qué fin, hijo mio, alimentarte por mas tiempo de vanas esperanzas, que no habiendo de realizarse nunca, te serán despues tanto mas amargas? Ya ha llegado el tiempo de que te revele el arcano de tu vida y de la mia. Virginia es parienta, por parte de madre, de una señora rica y de alto linage; y tú no eres mas que el hijo de una pobre aldeana, á quien el amor hizo cometer una flaqueza, de que tú has sido triste fruto, privándote mi culpa (fatal memoria!) de tu familia paterna, y mi arrepentimiento de la materna. Ay infeliz! por mi desventura y la tuya, no tienes mas parientes que yo en este mundo!" Y al llegar aquí, comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo, abrazando estrechamente á su

madre, procuraba consolarla, diciéndole que no llorase, y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaria mucho mas en adelante. „Pero ¡ qué secreto, añadió, el que acabais de revelarme! Ahora entiendo por qué hace dos meses que Virgínia anda huyendo de mí, y en el dia está resuelta á dejarme! Ah! sin duda me desprecia la ingrata!"

Llegó entre tanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes, comieron poco, y no hablaron palabra durante la cena. Virgínia fue la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente, y fue á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecia que ocupaba el centro del firma-

mento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dejándose caer insensiblemente su luz sobre los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenian su aliento, y solamente se oian en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmullar de las avecitas, que regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del aire, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debajo de la yerba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el cual reflejaba sus imágenes tremulantes.

Recorria Virginia con ojos distraidos todo el horizonte, cuando avistó á la entrada del puerto una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navio en que habia de embarcarse para Europa, y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenia al ancla, hasta que cesaran las

calmas. A vista de esto, se le conmovieron las entrañas; y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de la Tour, Margarita y yo, nos habíamos sentado á pocos pasos de ellos, debajo de los banános; y con el silencio dé la noche, oimos tan claramente su conversacion, que desde entonces nunca la he olvidado.

,,He oido, Virgínia, comenzó Pablo, que te vas dentro de tres dias: ¿no temes exponerte á los riesgos del mar..... del mar, que tanto horror te causa?"

,,Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo."

,,Pero ¿será posible que nos dejes, replicó Pablo, por una parienta á quien no has visto jamas?"

,,Ay de mí! exclamó Virgínia; yo queria quedarme aquí toda mi vida, pero mi madre no lo ha tenido á bien. Por otra parte, me ha dicho mi confesor, que es voluntad de Dios el que yo parta; y

que la vida no es mas que una continua prueba.... Ah! sin duda que es una prueba muy dolorosa!"

,,¿Qué, repuso Pablo, hallas tantas razones para partir, y ninguna para quedarte? Ah! otra hay que me reservas; el atractivo de las riquezas es lo que te mueve. No dudo que lograrás en Francia un himeneo correspondiente á tu nacimiento, y con todas las demas circunstancias que yo no puedo ofrecerte; pero ¿adónde irás tú que seas mas feliz? ¿á qué tierra aportarás que te sea mas amada que la en que has nacido? ¿dónde encontrarás gentes mas amables que las que aquí te idolatran? ¿cómo podrás vivir sin las caricias de tu madre, á que estás tan acostumbrada? ¿qué será de la pobre vieja, cuando no te vea á su lado; ni en la mesa, ni en casa, ni en el paseo, donde iba apoyada siempre á tu brazo? Y ¿qué será de la mia, que te ama tanto como ella? ¿qué les diré yo, cuando las vea llorar por tu ausencia? Ah cruel!

no quiero hablarte de mí: pero ¿qué haré, cuando yo no te vea á la mañana ni á la noche en nuestra compañía? Ay Virgínia! permíteme á lo menos partir contigo en el mismo navío, ya que buscas una nueva suerte en un pais estrangero para ti, y otros bienes que los que te produce mi trabajo. A lo menos te animaré en las borrascas que temèn tanto, y te consolaré en medio de las desgracias; y cuando yo te vea en Francia servida y adorada de todo el mundo, te haré el último sacrificio de morir á tus plantas!"

Al llegar aquí, le embargaron la voz los sollozos, y de allí á poco oimos la de Virgínia que le decia estas palabras, interrumpidas con suspiros:

,,Tú eres precisamente la causa de mi partida.... tú, á quien he visto diariamente encorvado bajo del peso del trabajo para sustentar á dos familias enfermas y necesitadas. Si yo he abrazado esta ocasion de ser rica, no es sino para pagarte

mil veces los beneficios que hemos recibido de tu mano: ¿hay fortuna comparable á la de tu amistad? ¿A qué viene hablarme de tu nacimiento? Ah! ¿si me diesen á elegir un hermano, elegiria otro que á ti? Ay Pablo, Pablo! cree á tu hermana que te habla con el corazon en las manos, y te asegura, que si parte, es precisamente por obedecer á su madre, y hacerte á ti feliz."

,,Yo iré contigo, Virgínia, iré contigo, y no habrá quien pueda separarme de ti," exclamó entonces Pablo con gritos muy desaforados. Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y Madama de la Tour le dijo: ,,¿Qué será de nosotras, hijo mio, si tú nos desamparas?"

Al oir aquello Pablo, repitió, como horrorizado, estas palabras: hijo mio!... hijo mio!... y volviéndose repentinamente á Madama de la Tour, le dijo: ,,¿Vos, madre mia, sois tan inhumana, que separais al hermano de la hermana? Los

dos hemos mamado vuestra leche, nos hemos criado en vuestro regazo; ¿y quereis ahora separarla de mí? ¿quereis enviarla á pais bárbaro, que os ha negado un asilo en vuestros infortunios, y entre unos parientes que con crueldad inaudita os han abandonado? No: Virgínia no saldrá de aquí sin mí. ¿Quién me podrá estorbar que yo la siga? ¿Acaso el Gobernador? pero no podrá impedirme el que me arroje al mar, y la siga á nado. Para mí no será mas funesto el mar que la tierra. ¡Qué crueldad de madre! el cielo permita que el océano á que la exponeis..."

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado, le tomó una especie de arrebato; yo le cogí en mis brazos, y le ví enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corria por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentia latir el corazon con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virgínia con aquel espectá-

culo, le dijo: ,,¡O amado Pablo! yo te prometo por tus males y los mios, de no vivir sino para ti, si me quedo; y si parto, de volver algun dia para ser tuya. Sedme testigos todos los que habeis dirigido los primeros pasos de mi infancia, que disponeis de mi vida, y veis mis lágrimas. Así lo juro por el cielo que me oye, por ese mar que voy á atravesar, por el aire que respiro, y que nunca he manchado con la menor mentira."

A la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apenino, así ni mas ni menos se disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza antes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corria de sus ojos. Su madre, mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar; y Madama de Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia: ,,Ya no puedo sufrir mas.... el corazon se me parte de dolor.... este viage

de mis pecados no se verificará ; vecino, procurad llevaros á mi hijo.... ocho dias ha que nadie duerme en esta casa."

Yo entonces le dije á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al Gobernador, y haríamos que Virgínia se quedara: que dejase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya mas de las doce. Con lo cual se dejó llevar sin la menor repugnancia, y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el dia y se volvió á su cabaña.

Pero ¿qué necesidad hay de continuar por mas tiempo (me dijo al llegar aquí el anciano) la relacion de este caso? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso, como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Así que el curso rápido de nuestra vida no es mas que un dia, y una parte de este dia está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continueis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan; pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme pues el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fue la negra María, que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto: al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de lejos: ,,María, María! dónde está Virgínia?"

La pobre María volvió la cabeza hácia su joven amo, y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atrás todo desaforado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dijeron que Virgínia se habia embarcado antes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece de la parte de allá, que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura, son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible, llamado el *Pólice*. En la basa de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles, y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los aires, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Pólice atrae continuamente al rededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situada á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla, con sus collados dominados de varios picachos, entre otros *Piterboth* y los *Tres Pechos*, con todos sus bosques y valles,

y enfrente el vasto océano y la isla de *Borbon*, distante como cuarenta leguas al ocaso.

Allí fue á donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del dia sin dejar de mirarla, figurándosele que la veía, aun cuando habia desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo lejos, é inspira una profunda melancolía. Allí fue donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscándole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persua-

dirle que tornara á su cabaña, pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesion de su madre, y lo primero que hizo, al ver á Madama de la Tour, fue quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de la Tour muy contristada, nos refirió entonces, que habiéndose levantado un viento favorable entre dos y tres de la mañana, el Gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales y del confesor, de quien se habló antes, habia ido á buscar á Virgínia en litera; y que á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas muerta que viva, protestando el Gobernador y los de la comitiva, que aquello lo hacian por el bien de toda la familia,

,,A lo menos, le contestó Pablo, estaria yo ahora mas tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho: Virgínia, si en el tiempo que hemos vivido juntos, se me ha escapado alguna

palabra que haya podido ofenderte, dime que me la perdonas antes de dejarme para siempre. Le hubiera dicho: ya que estoy condenado á no volver á verte, á Dios, amada Virgínia! á Dios; vive contenta y feliz lejos de mí."

Y como en esto viese que su madre y Madama de la Tour lloraban hilo á hilo: ,,Buscad ahora, les dijo, otro que yo, que enjugue vuestras lágrimas." Y al mismo tiempo, prorumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzó á vagar de una parte á otra por la posesion, recorriendo todos los parages que habian sido mas queridos de Virgínia, y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguian balando: ,,¿qué quereis de mí? ya no vereis mas conmigo á la que os daba de comer en sus palmas!"

Se encaminó despues al sitio llamado el Recreo de Virgínia, y viendo á los pajaritos que revoloteaban al rededor de él, les decia: ,,¡Pobres avecitas! ya no volvereis á poneros á las plantas de la

que os echaba migas de pan y granos de trigo, para que no os faltase de comer." Y viendo á Leal, que iba delante de él meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dijo: ,,Ah! no te canses, pobre animalito, que ya no volverás á encontrarla jamas."

Por último, fue á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente; y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navío conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitacion de su alma, le seguíamos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y Madama de la Tour se valian de las expresiones mas tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperacion; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dándole los nombres mas propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado hijo, su

yerno, para quien tenia destinada su hija.

Por aquel medio logró Madama de la Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algun alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba antes la compañera de su niñez; y como si todavía lo ocupara Virgínia, le dirigia la palabra, y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos; pero inmediatamente que reconocia su ilusion, echaba á llorar muy desconsolado.

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virgínia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solia beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metia en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de Madama de la Tour, y que las necesi-

dades de la familia pedian un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardin.

A poco tiempo, este joven indiferente hasta entonces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virgínia; y despues quiso instruirse en la geografía para formar una idea del pais á donde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que habia de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir se ha debido al afecto de dos amantes ausentes, ó imposibilitados de comunicarse mutuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografía no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada pais, solo trata de explicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampo-

co le pareció mas util, no hallando en ella mas que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin caracter, preferia á los libros históricos los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecian algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya. Por este motivo ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazon humano. Muchas veces leía á su madre y á Madama de la Tour los pasages del Telémaco que le hacian mas impresion; y entonces, agitado de dulces memorias, se le turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba, que hallaba reunidas en Virgínia la dignidad y virtud de Antíope, con las desgracias y la ternura de Euchâris.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado, leyendo las novelas del dia, llenas de máximas perjudiciales y libertinas; y cuando supo que las tales novelas contenian una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió no sin alguna apariencia de razon, que el corazon de Virgínia se corrompiera, y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó mas de año y medio sin que Madama de la Tour tuviese noticia de su tia ni de su hija, y solo por un medio extraño se sabia que Virgínia habia llegado felizmente á Francia. Ultimamente, por una embarcacion que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virgínia, por la cual conoció desde luego que vivia infeliz, sin embargo de la circunspeccion y disimulo con que su amable é indulgente hija se explicaba con ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su si-

tuacion y caracter, que voy á referírosla al pie de la letra.

,,Mi mas querida y estimada mamá.

Despues de mi llegada os escribí varias cartas de mi puño, y como á ninguna me habeis contestado, me temo no hayan llegado á vuestras manos. Con la presente tengo mejores esperanzas, en virtud de las precauciones que he tomado para daros noticia de mi persona, y recibirla igualmente de la vuestra.

¡Cuántas lágrimas he derramado, amada madre mia, despues de vuestra separacion, yo que apenas habia llorado sino por los males de otros! Mi tia se quedó muy admirada á mi llegada, cuando preguntándome las habilidades que tenia, le respondí que no sabia leer ni escribir: y replicándome ella, ¿qué era lo que habia aprendido desde que habia venido al mundo? le contesté, que solo sabia gobernar una casa, y hacer vuestra volun-

tad: á lo que me dijo que me habian dado una educacion de criada.

Al dia siguiente de mi llegada me puso en un gran colegio cerca de París, donde tengo maestros de todas clases, que me enseñan, entre otras cosas, la historia, la geografía, la gramática, las matemáticas, y á montar á caballo; pero tengo tan poca disposicion para todas estas ciencias, que no me prometo hacer progresos con estos caballeros. Conozco que soy una pobre muger de cortísimos alcances, como ellos suelen decir; sin embargo de esto, mi tia no lo lleva á mal, antes bien me asiste con todo lo necesario, enviándome trages diferentes para cada estacion, y manteniendo dos doncellas destinadas á servirme, que estan tan bien vestidas como las señoras de mas alto copete. Me ha hecho tomar el título de Condesa, y dejar el apellido de *la Tour*, para mí de tanto aprecio como para vos, por la relacion que me habeis hecho de los disgustos que mi difunto pa-

dre sufrió por casarse con vos; y en lugar de aquel apellido, me ha mandado usar del de vuestra familia, que tambien aprecio mucho, por ser el que vos usabais cuando soltera. Viéndome en una situacion tan brillante, le he suplicado varias veces que os envie algun socorro; mas ¿cómo haré yo para significaros su respuesta? Pero vos me habeis encargado que os diga siempre la verdad: me respondió: ,, que un socorro moderado, para nada os alcanzaría, y que uno grande no haria mas que serviros de estorbo en el estado sencillo de vida que habeis elegido."

Bien procuré al principio daros noticia de mi persona, valiéndome de agena mano para escribiros; pero como no tenia aquí sugeto de quien poder fiarme, me he aplicado noche y dia á aprender á leer y escribir; y Dios ha querido hacerme la gracia de conseguirlo en cortísimo tiempo. Mis primeras cartas se las confié á las criadas que me asisten, para

que os las dirigieran, y tengo sobrados fundamentos para sospechar que se las han remitido á mi tia. Esta vez me he valido de una colegiala, amiga mia, y os suplico me respondais, dirigiendo á ella la carta, bajo del adjunto sobrescrito; pues mi tia me ha prohibido toda correspondencia fuera de casa, con el pretexto que esto perjudicaria, segun ella dice, á los altos pensamientos que tiene acerca de mí. No tengo mas visita que la suya y la de un caballero anciano amigo de la tia, el cual, segun ella se explica, me profesa mucha aficion; pero, á decir la verdad, yo no le profeso á él ninguna, aun cuando yo fuese capaz de tenerla á alguno.

Aunque vivo en medio de la opulencia, no puedo disponer de un maravedí. Dicen que el tener yo á mi disposicion oro y plata, me podria acarrear graves consecuencias; y así en el centro de las riquezas, estoy mucho mas pobre, que

cuando vivia en vuestra compañía, porque nada tengo para poder dar á otros. Mis mismos vestidos son mas de mis doncellas que mios, pues se los disputan antes que yo los deje. Luego que vi que las grandes habilidades que me enseñaban, no me proporcionaban la satisfaccion de hacer el menor bien, me apliqué á la aguja, cuyo uso me habeis enseñado por dicha mia.

Ahí os envío varios pares de medias hechas por mi mano, para vos y para mamá Margarita, un gorro para Domingo, y uno de mis pañuelos encarnados para María, y en el mismo paquete, van algunas semillas y pepitas de las frutas de mis colaciones, con la simiente de toda suerte de árboles que en mis ratos de recreacion he podido recoger en el jardin y bosques de este colegio: y al mismo tiempo, la grar a de violetas, margaritas y azucenas, coquilicos y escabiosas, que he cogido en los campos. En los prados

de esta tierra hay flores mas bellas que en los nuestros, pero aquí no se hace ningun aprecio de ellas.

Estoy segura de que así vos, como mamá Margarita, recibireis mas gusto con ese saquito de simientes, que con aquel grande de pesos, que ha sido la causa de nuestra separacion y de mis lágrimas. Será para mí de la mayor satisfaccion, el que tengais mañana ú otro dia la complacencia de ver á los manzanos crecer al lado de los banános, y á las hayas entretejer sus ramas con las de los cocoteros. Así os parecerá que estais en la Normandía, que tanto amais.

Me encargasteis al partir, os escribiera mis satisfacciones y mis pesares. Para mí no puede haber satisfaccion ni contento ausente de vos; y por lo que toca á mis penas, procuro dulcificarlas acordándome que estoy donde vos me habeis puesto por disposicion de la Providencia. Pero lo que aquí mas me atormenta es, que no oigo hablar de vos, ni puedo hablar

con nadie de cosa vuestra; porque cuando procuro sacar la conversacion sobre unos objetos que me son tan preciosos, me dicen mis doncellas, ó por mejor decir, las de mi tia, pues son mas suyas que mias: ,,Señorita, acordaos de que sois francesa, y que debeis olvidar al pais de los salvages." Ah! antes me olvidaré de mi misma, que olvidar la tierra en que nací, y donde vos vivís! Este sí que es verdaderamente para mí pais de salvages, porque vivo tan sola, que ni aun tengo una persona á quien poder manifestar el amor que invariablemente os conservaré hasta la sepultura, mi mas querida y adorada mamá.

Vuestra mas sumisa y amante hija

Virginia de la Tour.

P. D. Recomiendo á la bondad de vuestro corazon á María y Domingo, que se han esmerado tanto en cuidar de mi

niñez; y haced por mí cuatro caricias á *Leal*, que me encontró en el bosque."

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virgínia, acordándose hasta del perro, no hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabia que por larga que sea la carta de una muger, jamas pone la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera posdata, hablaba aparte de Pablo, y recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y dónde debian sembrarse. Acerca de lo cual hacia unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrambos, con respecto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Queria que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez, mandándole que en memoria suya

le pusiese el nombre de *Peñasco de la Despedida*.

La carta de esta sensible y virtuosa joven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometia hacer todo lo que le prevenia; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecia hermosear el jardin y entreverar las plantas de la Europa con las del Africa, ,,agregándoles, decia él, alguna otra semilla de esta isla, para que el deseo de volver á ver sus frutos, te estimule á dar prontamente la vuelta.'' Finalmente, concluía la carta suplicándole, condescendiese cuanto antes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos

en particular, pues él no podria tener en adelante ningun gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de escabiosa y violeta, cuyas flores parecian tener alguna analogía con el caracter y situacion de Virgínia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, salieron muy pocas, y aun estas no llegaron á punto de madurez.

En este mismo tiempo, la envidia (la cual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que trajo la carta de Virgínia, aseguraba, que quedaba para casarse, y aun nombraban el señor de la Corte que habia de ser su esposo, propasándose algunos á decir, que la cosa

era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias traidas por una embarcacion de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso por una compasion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leido, veía la traicion tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de Madama de la Tour, pervertida en Francia con el egemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido, le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fue, que de cuantas embarcaciones llegaron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna trajese noticia de Virginia. En tan dolorosa situa-

cion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la esperiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aqui, á las orillas de un riachuelo, que corre á la falda de la Montaña larga, donde paso mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavos.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado menos desgraciado de la vida, es, en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad: y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los egipcios en su decadencia, los

griegos del bajo Imperio, y en nuestros dias los indios, los chinos, los griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejándole de los males de la sociedad. En medío de tantos errores y preocupaciones como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitacion, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor: bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, refleja sus propias márge-

nes, el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avanzada, por egemplo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningun placer durable, de cualquiera clase que sea; ni que el hombre arregle su conducta, conforme á algun principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del cual no salga sino muy rara vez su opinion, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto, que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe tambien él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender

únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el aire, y ojos para la luz (sin que podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazon, que es el principal órgano de ella.

Paso pues mis dias lejos de los hombres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del Africa y América, me he fijado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un arbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me ense-

ñan á ser cada dia mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dejado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleite de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que braman en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los mios, los compadezco, en lugar de aborrecerlos: y si encuentro algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En balde lla-

ma la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imagen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: persigue toda la vida á este fantasma de su imaginacion que le extravía, y se complace despues en el ciclo de las ilusiones que él mismo se ha formado. Entre un número considerable de desgraciados, á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarian á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenian á mí mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendian persuadirme, que solo ellos eran útiles á los hombres; y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia experiencia para servirme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, y que ya no existen, á las olas de mi rio, que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamas. Por lo que á mí toca, me dejo llevar mansamente de la corriente del rio del tiempo, hácia el océano de la eternidad que no conoce las playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevo á su Autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en

el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona ver la elevacicn del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre, que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse hácia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta, pasa en línea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien pies de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazándose de un arbol en otro, forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cornages de verdor. Es tal la fragancia que

sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, dirias que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estío, varias especies de pájaros estrangeros vienen, por un instinto incomprensible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de la isla, y oponen el brillo de sus colores al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas holandesas. Los monos habitadores domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales solo se distinguen por su piel verdegris y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se co-

lumpian en el aire; otros brincan de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen mas que chillidos de alegría, trinos y gorgeos desconocidos en algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo lejos los ecos de estos bosques. El rio que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, refleja acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo, y aturden los oidos, como el sonido de las cam-

panas de una catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este rio, á pesar de los ardores del estío, una frondosidad y frescura, que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí, hay una roca bastante distante de la cascada, para que el ruido de sus aguas no aturda los oidos, bastante inmediata para deleitarse con su vista, con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco solíamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores excesivos, Madama de la Tour, Margarita, Virgínia, Pablo y yo; y como Virgínia dirigia siempre sus acciones, aun las mas comunes, al bien de otro, jamas comia una fruta en el campo, que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: ,, De aquí nacerán árboles que darán sus frutas á algun caminante, ó á lo menos á un pajarito."

Un día, pues, que comió una papaya al pie de aquella roca, enterró, segun costumbre, sus pepitas, de las cuales salieron de allí á poco muchos papayos, entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este arbol no excedia de la rodilla de Virgínia, cuando se verificó su partída; mas como crece mucho en corto tiempo, tenia ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazonadas. Acercóse Pablo un dia por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un arbol tan crecido, producido por una pepita que él habia visto sembrar á Virgínia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente, no nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible; pero los que vemos de repente despues de al-

gunos años de ausencia, nos advierten á la primera vista la velocidad con que corre el rio de nuestros dias. La vista del papayo cargado de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa que por lo comun experimenta un viagero, cuando volviendo á su patria despues de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de estos, que él había dejado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie, porque su vista le hacia demasiado sensible el largo tiempo que habia pasado desde la partida de Virgínia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco, y le dirigia palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡O arbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con mas interes y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma! ¡Permita el Autor de la naturaleza, que destruye cada dia los monumentos de la

ambicion mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada!

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo, cuando venia por mi posesion, y habiéndole visto un dia penetrado de melancolía, tuve con él una conversacion, que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

,,Estoy muy pesaroso, me dijo luego que me senté á su lado, porque habrá dos años y dos meses que se marchó Virgínia, y se han pasado ocho meses y medio sin que nos haya escrito: como es rica y yo pobre, sin duda me ha olvidado. Deseo embarcarme y pasar á Europa, por ver si allí hago fortuna por algun camino, para pedírsela á su tia en matrimonio, y vivir feliz en su compañía.''

,,La Europa, hijo mio, le contesté, está abismada en los vicios mas contrarios á su felicidad, y á ti te falta dinero

y proteccion para poder hacer figura en ella: eres pobre, y no tienes ningun arrimo."

,,Es verdad, me replicó; pero quizá hallaré algun poderoso que quiera protegerme y darme la mano."

,,Para lograr la proteccion del poderoso, le respondí, es necesario contribuir á su ambicion ó á sus caprichos; y tú á ninguna de estas dos cosas te avendrias."

,,Teneis razon, me dijo; pero portándome yo como debo, siendo fiel á mis palabras, exacto en mis obligaciones, y constante en la amistad, me haré acreedor á que alguno de ellos me adopte por hijo, como he visto se usaba antiguamente en las historias de otros tiempos que me habeis dado á leer."

,,No tiene duda, le respondí, que así se usaba entre los Griegos y Romanos; pero ya no estamos en aquellas edades, en que el mérito merecia el respeto de los poderosos."

,,Pues bien, me replicó, en defecto de un poderoso procuraré agregarme á algun cuerpo científico, cuyas opiniones adoptaré en un todo, y me haré estimar de sus individuos."

,,En lugar de adquirirte estimacion, le dije, te grangearás odio y envidia, á no ser que sufoques los gritos de tu conciencia por trepar á la cumbre de la fortuna. Por otra parte, los cuerpos se interesan muy friamente en el descubrimiento de la verdad. Para los ambiciosos toda opinion es indiferente, con tal que á ellos les traiga utilidad y ventajas."

,,¡Eso no lo haré yo jamas! exclamó entonces: todo mi conato será buscar siempre la verdad. Soy muy desgraciado, continuó, pues se me cierran todos los caminos para llegar á la posesion de lo que mas estimo, y me veo condenado á pasar mi vida en un trabajo oscuro, ausente de Virgínia." Y al decir esto, dió un suspiro muy profundo.

,,Sea Dios tu único protector, hijo

mio, y el género humano tu cuerpo, le contesté con prontitud: ama á los dos constantemente, y desprecia la proteccion de los particulares. Las familias, los cuerpos y los pueblos, tienen sus pasiones y sus preocupaciones, que exigen vicios en quien las haya de contemplar. Dios y el género humano no nos piden sino virtudes.

Pero ¿por qué quieres, proseguí, distinguirte del comun de los hombres? Ese deseo no es natural, pues si lo fuese, cada hombre estaria en estado de guerra con su semejante. Conténtate con cumplir con tus obligaciones en el estado en que te ha colocado la Providencia: bendice tu suerte, que te permite obrar conforme tu conciencia, y que no te precisa, como á los grandes, á poner su felicidad en la opinion de los inferiores, y como á los inferiores á cometer bajezas y adular á los grandes para tener que comer. Tú estás en un pais y en una condicion en que no necesitas para subsistir,

ni engañar, ni adular, ni envilecerte, como lo hacen la mayor parte de los que en Europa aspiran á la fortuna; en que no te ves precisado por razon de tu estado á ocultar la verdad; en que puedes ser impunemente bueno, veraz, sincero, instruido, sufrido, moderado, casto, indulgente y piadoso, sin que tu virtud, que todavía comienza á florecer, se marchite con alguna flaqueza que te haga ridículo á los ojos del mundo y de la posteridad. El cielo te ha concedido libertad, salud, una buena conciencia, y amigos verdaderos: harto menos felices son los grandes de la tierra, cuyo favor deseas."

„Ah! exclamó, todo me importa poco, faltándome Virgínia! Pero ¿qué haré yo para lograr la posesion de lo que mas amo? Supuesto que su tia la quiere casar con un hombre de mérito y circunstancias, me pondré á estudiar para ser sabio y adquirir crédito: con el estudio y la sabiduría serviré utilmente á mi pa-

tria; sin perjuicio de otro, me haré célebre por este camino, no dependeré de nadie, y me deberé á mí solo esta gloria."

,,Ay, hijo mio! le respondí: los talentos todavía son mas raros que las riquezas; y no tiene duda que son de una naturaleza superior, por cuanto nadie nos los puede robar, y porque nos grangean ademas la estimacion pública en toda la redondez de la tierra; pero cuestan muy caros. Es necesario privarse del sosiego y del reposo para adquirirlos, padecer las persecuciones de la envidia, y vivir en cierto modo fuera del mundo. Por otra parte, la celebridad de las letras es demasiado tempestuosa y difícil de adquirir. Acuérdate de la suerte que han tenido la mayor parte de los filósofos de la antigüedad. Homero, cuyos versos son tan divinos, anduvo pidiendo limosna de puerta en puerta. Sócrates, que con sus palabras y egemplo predicaba la moral á los atenienses, fue envenenado jurídi-

camente por ellos. Su discípulo Platon se vió reducido á la clase de esclavo por orden del mismo príncipe que le protegia; y anteriormente á ellos, el célebre Pitágoras fue quemado vivo por sus paisanos los Crotonienses. Qué digo yo! la mayor parte de estos hombres ilustres han llegado desfigurados hasta nosotros por los mordaces tiros de la sátira con que la ingratitud humana se complace en caracterizarlos; y si entre tantos como ha habido, la gloria de algunos ha llegado pura y sin mancilla hasta nosotros, es porque vivieron lejos de sus contemporáneos en la abstraccion y retiro de los negocios públicos, pareciéndose en esto á aquellas estatuas desenterradas en los campos de la Grecia y de la Italia, que por haber estado sepultadas en el seno de la tierra, se han libertado del furor de los bárbaros. A vista de estos egemplares, ¿quién se lisongeará de ser util á los hombres ilustrándolos? ¿quién se prometerá tener todas las calidades, to-

das las virtudes que son necesarias en la carrera de las letras, hasta estar dispuesto á sacrificar los bienes de la fortuna, y aun la propia vida.''

,,Pero bien, me interrumpió, vos que teneis tánta sabiduría y experiencia de las cosas, no me direis, si Virgínia y yo nos casaremos algun dia? Quisiera ser sabio para conocer lo venidero.''

,,¿Quién querria vivir, hijo mio, le contesté, si conociera lo que está por venir? Si una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes vanas, la vista de una cierta emponzoñaria todos los dias que la precediesen. No conviene profundizar demasiado lo que nos rodea; y aun por eso el cielo que nos da la reflexion para prever nuestras necesidades, nos ha dado las mismas necesidades para que pongamos coto á nuestra reflexion.''

,,Pues ¿qué haré yo, me preguntó, para obtener riquezas, y con ellas las dignidades y distinciones que puedan hacerme acreedor á la mano de Virgínia,

segun las ideas de su parienta? Iré á enriquecerme á Bengala, y despues pasaré á Paris, á pedirla en matrimonio á su misma tia."

,,Como! exclamé yo: ¿tendrias entrañas para abandonar á tu madre y á la suya?"

,,Vos mismo, me replicó, me aconsejasteis que me embarcara para la India."

,,Entonces estaba aquí Virginia, le contesté; pero en el dia eres el único apoyo de su madre y de la tuya."

,,Virgínia, me replicó, las socorrerá por medio de su parienta rica."

,,Los ricos, Pablo, le dije, sclamente reconocen por parientes á los que les dan honor y timbre en el mundo."

,,¡Qué pais tan perverso la Europa! exclamó: ¿qué necesidad tenia Virgínia de ir á buscar una parienta rica? Aquí vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios si será desgraciada." Y diciendo esto comenzó a llorar con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen

rato, exclamaba, como si la tuviera presente: ,,Torna, torna, Virgínia, al pais donde has nacido; abandona tus palacios, tu fausto y tu grandeza: vuelve á estas breñas, á la sombra de estas florestas y de nuestros cocoteros: deja esos trages de señora, y vuelve á estas cabañas engalanada con tu vestido de coton, tu pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, y tus flores bellas cogidas por mi mano en estas praderas.''

Despues de estas exclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer: y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí y me preguntó con aire de sorpresa.

,,¿Qué necesidad hay de ser rico para casarse? ¿no bastaba que hubiera union y voluntades, conformidad de genios y disposicion en el hombre para ganar de comer con el trabajo de sus ma-

nos? ¿en qué se ocupan los ricos?"

,,En vivir en la opulencia, le respondí, sin que hagan nada la mayor parte de los que poseen muchos bienes de fortuna. El trabajo de manos no tiene en Europa todo el aprecio que merece, y que el mismo Dios le dió cuando condenó al hombre á vivir del sudor de su rostro: y aun se le da el nombre de trabajo mecánico. Conforme á este modo de pensar, los europeos suelen apreciar mas á un artista que á un labrador, sin embargo de que la agricultura es el arte que sustenta á los hombres. No es posible que comprendas tamaña contradiccion, querido Pablo, opuesta á los principios de la razon, y consecuencia forzosa de la depravacion del hombre civil. Es facil formar una idea exacta del orden, mas no del desorden: la belleza, la virtud y la felicidad tienen proporciones; la fealdad, el vicio y la infelicidad no tiene ninguna."

,,Segun eso, me interrumpió, serán

muy felices los ricos, no encontrando ningun obstáculo para el logro de sus caprichos, y pudiendo colmar de gustos y satisfacciones al objeto de su cariño?

,,No por cierto, le respondí: bien lejos de eso, la mayor parte de los ricos no gozan de ningun placer, por lo mismo que no le cuestan la menor diligencia. ¿No has experimentado que el placer del descanso se compra con la fatiga, el de comer con el hambre, y el de beber con la sed? Pues así sucede en el de amar y ser amado, que solo se adquiere á costa de mil privaciones y sacrificios. Las riquezas privan á los ricos de todos estos placeres, porque se anticipan á sus necesidades. Al disgusto, compañero de su hábito y saciedad, se agrega el orgullo que nace de su opulencia, y que la menor privacion incomoda, al mismo tiempo que no los mueven ni lisonjean las mayores satisfacciones. La fragancia de mil flores no agrada mas que un instante; pero el dolor que causa una de

sus espinas, dura mucho tiempo despues de la picadura. Un mal en medio de las delicias, es para los ricos una espina entre las flores; y por el contrario, un bien en medio de los males, es para los pobres una flor entre las espinas, que ellos gozan con grande ansia y deleite. La naturaleza todo lo ha contrapesado en este mundo, y los efectos de una causa se aumentan en proporcion de su contraste. ¿Qué estado, habiendo de escoger, te parece preferible: el de temer todos los males y no tener casi ningun bien que esperar, ó el de no temer casi ningun mal y esperar todos los bienes? Pues el primero es el de los ricos, y el segundo el de los pobres. Pero los hombres con dificultad pueden soportar estos extremos; y así la felicidad consiste en un estado de mediania y de virtud; el tuyo es de esta clase, pues mantienes á tus padres con el trabajo de tus manos, por agradar á Dios únicamente."

Con estas ideas quedaba tan compla-

cido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virgínia, y disculpaba su dilacion en escribir, suponiéndola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podria verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesía de tres mil y quinientas leguas de Europa á aquí en menos de tres meses: ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros: hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Virgínia, rica y poderosa, ya podia yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraria muchos negros que cultivarían la tierra para todos nosotros, y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en que pensar, mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á co-

municar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazon.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre á el alma en extremos opuestos. Regularmente volvia Pablo al dia siguiente á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decia: ,,Virgínia no me escribe: si se hubiera embarcado para esta isla, me hubiera avisado de antemano el dia de su partida de Europa. Ah! ¡demasiado fundadas son las noticias que han corrido! Sin duda la ha casado su tia con un gran señor, y el amor de las riquezas la ha perdido á ella, como á otras muchas. En estos libros, que pintan tan al vivo á las mugeres europeas, la virtud no es mas que un asunto de novela. Si Virgínia hubiera sido virtuosa, no hubiera abandonado á su propia madre y á todos nosotros. Mientras yo paso la vida pensando en su venida, y me aflijo por su ausencia, ella se di-

vierte y me olvida. Ay de mí! ¡Este pensamiento me trastorna el juicio! Todo trabajo me fastidia, y la conversacion y trato con las gentes me es enojoso. ¡Ojalá se declarase la guerra en la India, para ir á exponer mi vida en ella!"

Hijo mio, le contesté yo, el valor que nos lleva á la muerte, no es mas que el valor de un instante, comunmente excitado por los vanos aplausos de los hombres. Otro hay mas raro y necesario, que nos hace sobrellevar sin testigos ni aplausos los males ordinarios de la vida: la paciencia, quiero decir. Esta se funda, no en la opinion de otros ó en el frenético furor de nuestras pasiones, sino en la conformidad con la voluntad de Dios. La paciencia, querido Pablo, es el valor de la virtud."

„Ay de mí! exclamó á esto: ¡con que tampoco tengo virtud! todo contribuye á affligirme y llenarme de desesperacion...."

„La virtud, le interrumpí, siempre

igual, siempre constante é invariable, no es el patrimonio del hombre despues de la caida original. En medio de tantas pasiones como nos agitan, nuestra razon se perturba y oscurece muchas veces; pero hay dos fanales donde podemos encender su antorcha: la religion y las letras. La religion, hijo mio, nos enseña á dirigirnos á Dios en nuestras aflicciones, y esperar de su mano el remedio, por medio de la conformidad y paciencia cristiana, que él mismo nos recomienda en su Evangelio. Las letras son un don del cielo, y como un destello de aquella sabiduría que gobierna el universo: semejante á los rayos del sol, iluminan, alegran y calientan, á manera de un fuego divino; y á imitacion del fuego hacen servir toda la naturaleza para nuestros usos. Por ellas reunimos al rededor de nosotros las cosas, los lugares, los hombres y los tiempos: ellas son las que nos enseñan á conformarnos á las reglas de la vida humana, las que calman las pa-

siones, reprimen los vicios y excitan á las virtudes por medio de los augustos egemplos de los héroes, cuyas acciones celebran, presentándonos la imagen y memoria de sus virtudes, siempre en veneracion y acatamiento. En suma, son las hijas del cielo, que bajan á la tierra para dulcificar los males del género humano; y en los tiempos de la mayor barbarie y depravacion, siempre han aparecido grandes escritores inspirados por ellas para consuelo de sus semejantes. Las letras han consolado á una infinidad de hombres mas desgraciados que tú; á Genofonte, desterrado de su patria, despues de haber conducido á ella diez mil griegos victoriosos: á Escipion el africano, cansado de las calumnias de los Romanos; á Luculo, de sus partidos é intrigas; á Catinat, de la ingratitud de su Corte.

Lee, pues, hijo mio. Los sabios que han escrito antes de nosotros, son como viageros, que habiéndonos precedido en las sendas del infortunio, nos alargan la

mano, y nos convidan á que nos unamos á ellos, cuando todo nos abandone. Un buen libro es un buen amigo, cuya funcion augusta de hacer que resplandezca la virtud escondida, de consolar á los desgraciados, iluminar al mundo, y decir la verdad á todos sin distincion, es siempre digna de su celestial origen, y el destino mas sublime con que el cielo puede honrar á un mortal sobre la tierra. ¿Que hombre habrá que no se consuele de la injusticia ó desprecio de los que disponen á su arbitrio de la fortuna, cuando considere que sus obras irán de siglo en siglo y de nacion en nacion para servir de barrera al error y la corrupcion de los mortales; y que del seno mismo de la oscuridad en que ha vivido, resaltará una gloria que borrará la de la mayor parte de los poderosos de la tierra, cuyos monumentos perecen en el olvido, á pesar de los aduladores que los elevan y ponderan?"

Me oyó Pablo con toda la atencion

que yo deseaba, aunque daba de cuando en cuando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo, que el continuar hablando seriamente de semejante asunto seria inhabilitarle cada vez mas para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciéndole, que cuando volviese Virginia extrañaria mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo así que ella no habia pensado mas que en hermosearlo, á pesar de las persecuciones de su parienta y á tan larga distancia de su familia. Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renovaron el valor de Pablo, y le estimularon á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertian sus penas representándole el objeto de su pasion, como el término inmediato de sus fatigas; y mientras conservaba esta ilusion, era feliz trabajando.

Levantándose, pues, una mañana al rayar el alba, que era el 24 de diciembre de 1774, vió tremolar una bandera

blanca sobre la *Montaña de la Atalaya*; lo cual era señal de que se descubria una embarcacion en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traía alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre, habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitan llamado Mr. Aubin: que estaba cuatro leguas mas adentro, y no fondearía en *Puerto-Luis* hasta el dia siguiente por la tarde, si el viento soplaba favorable, pues á la sazon reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traía de Francia el San Gerando, entre las cuales habia una con el sobre para Madama de la Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enagenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde

lo mas lejos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la *Despedida*, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resumen á su madre en dicha carta: ,,que habia experimentado muy malos tratamientos de parte de su tia, la cual, despues de haberla querido casar contra su voluntad, la habia desheredado por último, echándola de casa en un tiempo en que no se podia aportar á la isla de Francia, sino en la estacion de los huracanes; que ella habia procurado, aunque en balde, ablandar su derecho, representándole lo que debia á su madre, y á los dulces recuerdos de su niñez; pero que la tia la habia tratado de loca y mentecata, añadiendo que tenia la cabeza pervertida con las novelas. Finalmente concluía la carta diciendo, que á la sazon nada le interesaba tanto como la dicha de volver á ver y abrazar á su amada familia, cuyo ardiente deseo hubiera satisfecho aquel

mismo dia, si el capitan la hubiera permitido trasbordarse á la lancha del práctico; pero que se habia opuesto á ello, á causa de la distancia de la tierra y de la marejada, que no obstante la calma, comenzaba á correr en alta mar."

Leida que fue esta carta, toda la familia enagenada de gozo, comenzó á gritar: ,,Con que ha llegado Virgínia! ha llegado Virgínia!" Y dándose mutuos abrazos amos y criados, dispuso Madama de la Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encaminaron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche cuando llegaron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo lejos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apenas me habia levantado y vestido, cuando Pablo, sin alien-

to y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: ,, Vamos, vamos, que ha llegado Virgínia: vamos aprisa al puerto, donde fondeará la embarcacion al apuntar el dia."

Inmediatamente nos pusimos en camino, y como atravesásemos el bosque de la *Montaña-Larga* para tomar el camino que va de las Pamplemusas al puerto, sentí pasos detrás de mí, y volviendo la cabeza, vi que era un negro que venia hácia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado adónde iba con aquella apresuracion, nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla llamada los *Polvos de Oro*, á dar parte al Gobernador de que un navio frances habia anclado en la ensenada de la isla de *Ambar*, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entonces mudé de direccion, y dije á Pablo que nos encamináramos á la

punta de los *Polvos de Oro*, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virgínia; y en efecto, echamos á andar los tres hácia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable, y la luna que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos se distinguian largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hácia el centro de la isla, y venian de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oíamos tronar de cuando en cuando; pero habiendo aplicado con mas atencion el oido, conocimos que eran cañonazos repetidos por los ecos. Estos cañonazos á lo lejos, y al aspecto de un cielo tempestuoso, me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran seña-

les de socorro de alguna embarcacion que naufragaba. De allí á media hora ya no oimos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerábamos el paso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó menos, llegamos muy supados á la ribera del mar, donde está la punta de los *Polvos de Oro*. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépido, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas, distinguimos, á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la cual se habia juntado mucha gente, y nosotros

fuimos á descansar allí mientras llegaba el dia. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio dia habia visto en alta mar una embarcacion, arrostrada por las corrientes hácia la isla, y que la oscuridad de la noche se la habia ocultado por algun tiempo, que dos horas despues de puesto el sol habia oido cañonazos en demanda de socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha habia podido salir del puerto: que de allí á poco le pareció que habia visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decia él) que atraida por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ambar, equivocando esta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podia asegurar, el buque corria el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que ha-

bia atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ambar de la costa, y aun lo habia sondeado; y que teniendo un anclage excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto. Yo depositaria en él, añadió, todo cuando tengo, y dormiria á bordo con tanto sosiego como en tierra.

El tercero dijo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podian navegar las chalupas, y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ambar, de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiere. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes; y mientras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del dia; pero el cielo estaba tan oscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos des-

cubrir en él ningun objeto, y solo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dijeron era la isleta del Ambar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el dia era tan tenebroso, que no se percibia mas que el estremo de la playa, donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oimos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al Gobernador Mr. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apenas se hizo la descarga, cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de no-

sotros. Corrimos todos velozmente hácia el parage donde se habia oido el cañonazo, y descubrimos por entre la niebla el casco y arboladura de un gran navío, del cual estábamos tan cercanos, que sin embargo del ruido de las olas, oimos el pito del contramaestre que mandaba la maniobra, y las voces de la tripulacion, que gritó por tres veces: *Viva el Rey*, porque este es el grito de los Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío San Gerando nos vió en situacion de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. Mr. de la Bourdonais hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa: y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, jarcia y otros utensilios de esta

naturaleza, que venian de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del rio del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al Gobernador, y le dijo: ,,señor Gobernador, toda la noche se ha oido un ruido sordo en las montañas: las hojas de los árboles se menean en los bosques, sin que se sienta ningun viento; las aves marítimas se refugian á la tierra; sin duda que todas estas señales anuncian un huracan." ,,Cómo ha de ser! respondió el Gobernador; venga lo que Dios quiera, que á todo estamos dispuestos; y los del navío tambien lo estarán por su parte."

En efecto, todo presagiaba la próxima explosion de un huracan. Las nubes que se distinguian en el zenit, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia, y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la oscuridad de la atmósfera,

llegaban de todos los puntos del horizonte á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua acompañados de truenos se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: ,,El huracan, el huracan!" é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubria la isleta del Ambar y su canal.

Descubrióse entonces claramente el San Gerando con toda su tripulacion encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellon ondeante y hecho giras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ambar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navío habia pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montana de agua que entraba en el canal,

se levantaba su proa de tal forma, que se descubria toda la quilla; y zabulléndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posicion en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rias y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros mas de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose despues, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ambar y esta isla, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas,

cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de mas de seis pies, y el viento, que barria su superficie, las llevaba por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenit con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecian inmobles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parda.

Con los terribles balances del navío sucedió lo que se temia. Faltáronle los

cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fue arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entonces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: ,,Hijo mio, ¿quieres ir á perecer?'' A lo que exclamó: ,,Muera yo mil veces antes que dejar de ir á socorrerla.''

Como el sentimiento le privaba la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo hácia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pie todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de

enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mucho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho, y casi sin aliento.

Apenas recobraba el miserable joven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvia con nueva intrepidez hácia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulacion, desahuciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaban en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas, y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entonces el objeto mas digno de eterna compasion, que fue presentarse en la galería de popa del San Gerando una joven con los brazos tendidos hácia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta joven era la infelíz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los espectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto aire de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos, á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, menos uno que se conocia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: ,,sálvala, sálvala; no la desampares!'' Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introdujo entre la isla del *Ambar* y la costa, y se abalanzó bramando hácia el navío, á el cual amenazaba con sus flancos negros y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virgínia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos,

puso la otra sobre el corazon, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un angel que remonta su vuelo hácia el empíreo.

O dia espantoso! ay de mí! todo fue sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por su sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virgínia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena, y exclamó: ,,O Dios mio! vos me habeis salvado la vida; pero la hubiera dado muy contento por esta modesta y virtuosa doncella, que jamás ha querido desnudarse como yo.''

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oidos. El Gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entre tanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Vir-

gínia. Pero cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podriamos tributar á esta malograda joven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternacion y pena, no solo nosotros, sino todos los que fueron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virgínia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo, que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitacion inmediata, donde le depositaron mientras volvia en sí y se ponia en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á fin de preparar á la madre de Virgínia y á su amiga á recibir la primera noticia de

un fracaso tan inesperado como infausto.

Cuando llegamos á la entrada del valle del rio de los Lataneros, nos dijeron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del San Gerando en la playa de enfrente. Bajamos al instante á ella, y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fue el cuerpo de Virginia, medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenia cerrados, aunque resaltaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veian confundidas en sus megillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenia una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazon, pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenia en ella. Mas ¡cual fue mi sorpresa cuando vi que era el retrato de Pablo, á quien habia prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último

testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virgínia, lloré amargamente; y Domingo golpeándose en el pecho, penetraba el aire con dolorosos ayes. Llevamos el cadaver á una choza de pescadores, y se lo dimos á guardar entre tanto á unas pobres mugeres de la costa de Malavar, que cuidaron de lavarle.

Mientras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de Madama de la Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del San Gerando. Luego que me avistó Madama de la Tour, exclamó: ,,¿Dónde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? ¿dónde está mi Virgínia?" Y no pudiendo dudar de su desgracia por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que embargándole la voz, no le permitia mas que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: ,,¿Dónde está mi hijo? ¡yo no veo á mi hijo!" y en esto se acongojó. Corrimos á socor-

rerla; y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, le aseguré que Pablo vivia, y quedaba al cuidado del Gobernador; con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, Madama de la Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duracion me acabaron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Cuando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo, y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres mas cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fue conducido Pablo á la habitacion de su madre recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y Madama de la Tour que tan-

to temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entonces. Un rayo de consuelo se dejó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las cuales arrimándose á él, le besaron y dieron muchos abrazos, comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante en cierto modo al de la muerte.

Mr. de la Bourdonais me envió á decir reservadamente, que el cuerpo de Virginia habia sido conducido por orden suya á Puerto-Luis, desde donde pensaba trasladarle á la iglesia de las Pamplemusas. Bajé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los

puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el pais hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahía con las vergas cruzadas, y los pabellones tremolantes, disparaban cañonazos de tiempo en tiempo; los granaderos abrian el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala: sus tambores cubiertos de arriba abajo de crespon negro, sonaban sorda y melancólicamente, y se veia retratada la imagen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros, que tantas veces habian arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutárseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores. Seguíanlas un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el Gobernador, que cerraba el acom-

pañamiento, y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fue lo que el Gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virgínia; pero cuando llegaron con el cuerpo al pie de esta montaña y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia, y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento) toda la pompa fúnebre se desordenó: los himnos y cánticos cesaron repentinamente, y no se oía mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella: las hijas una modestia y obediencia igual á la suya: los pobres una amiga tan tierna: los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica; finalmente todos, todos, jóvenes y ancianos, padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños, lloraban sobre su féretro la suerte de Virgínia.

Cuando llegó al lugar de su sepultura, las negras de Madagascar y las cafres

de Mozambique, presentaron en su entierro canastillos de frutas, y colgaron de los árboles cercanos telas y estofas de diferentes géneros, segun la costumbre de su pais; y las indias de Bengala y de la costa de Malabar, llevaron jaulas con muchos y diversos pajarillos, á los cuales dieron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡Cuán cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenage á la virtud desgraciada, reuniéndose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro!

Fue enterrada cerca de la iglesia de las Pamplemusas, al pie de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, cuando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, Mr. de la Bourdonais subió á estas cabañas acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á Madama de la Tour y á su amiga todos los auxilios que estu-

viesen de su parte, expresándoles en breves, pero enérgicas palabras, la indignacion que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirigió á Pablo, y le dijo cuanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa situacion. Y animándole á que se embarcara cuanto antes para Francia, donde le prometia toda su proteccion en la corte, y cuidar entre tanto de su madre, como de la suya misma, le alargó la mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejante circunstancia, determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecia que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amorti-

guados, y no respondia á nada de lo que se le preguntaba. Madama de la Tour, mas muerta que viva, le decia muchas veces: ,,Hijo mio, jamas te veo, que no me parezca ver á mi amada Virgínia." Al oir Pablo el nombre de Virgínia, se estremecia y se alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí; y encaminándose al jardin, se sentaba al pie del cocotero de Virgínia, y fijaba los ojos en su fuente.

El cirujano del Gobernador, que con el mayor esmero le habia asistido, nos dijo un dia, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba era necesario dejarle hacer todo lo que quisiera sin contradecirle en nada; y que este era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fue alejarse de la posesion; mas como yo

no le perdia de vista, le fuí siguiendo, y dije á Domingo que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida que Pablo bajaba esta montaña, parecia que renacian sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas, y cuando llegamos cerca de la iglesia y del grupo de bambués, se fue en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oracion.

Este paso me pareció de muy buen agüero para el recobro de su razon, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el egercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á egemplo suyo, y oramos con él: despues se levantó, y se encaminó hácia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba dónde se habia depositado el cadaver de Virgi-

nia, y aun si le habian sacado del mar, le pregunté por qué habia ido á rezar al pie de los bambúes, y me respondió suspirando: ,, ¡Hemos estado allí tantas veces Virgínia y yo!"

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi egemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostamos sobre la yerba al pie de un arbol, pensando yo de que al dia siguiente resolveria volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo hácia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos hácia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella, pero fueron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de medio dia á la punta de los Polvos de Oro, y bajó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage

donde naufragó el San Gerando ; y á vista de la isleta del Ambar y de su canal, entonces terso y apacible como un cristal, exclamó : ,, ¡ Virgínia ! ¡amada Virgínia ! " Y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condugimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí ; y habiéndolo conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiéndole suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra direccion. Finalmente, por espacio de ocho dias no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia ; la senda por donde habian ido á pedir el perdon para la esclava de Rionegro ; las márgenes del rio de los Tres Pechos, donde Virgínia se sentó por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se extraviaron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes,

los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virgínia; el rio de la Montaña-larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el apoyo plantado por su mano, los cruceros de la floresta donde ella se complacia en cantar, la era ó explanada inmediata á su casa donde gustaba de correr; todos estos sitios, repito, le hicieron derramar sucesivamente lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetian entonces mas que estos acentos dolorosos: ,,Virgínia!... amada Virgínia!"

Con aquella vida errante y salvage se le hundieron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males presentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los luga-

res que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro parage de la isla, donde encontrase mas distraccion y variedad de objetos.

A este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de *Williams*, donde no habia estado nunca, y en cuya parte de la isla, la agricultura y el comercio estaba á la sazon en su mayor auge y actividad, pues por todas partes habia cuadrillas de carpinteros que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venian de una parte y otra por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos que pastaban en su fertil campiña, y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado la elevacion del suelo permite plantar allí en muchos parages diversas especies de vegetales de la Europa, y se veían aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de

los bosques, y á lo largo de los caminos sotos de rosales. Ademas de esto, la frescura del aire que allí se respira, dando tension á los nervios, es por consiguiente favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto Luis, no ofrecen, miradas desde las llanuras de Williams, mas que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el cual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

A aquellas llanuras, pues, conduge yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de dia, al agua y al sol, y aun extra-

viándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado: la noche y el dia, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve hácia el polo que la atrae inmediatamente que la dejan en reposo. Y así, cuando yo le preguntaba á Pablo extraviado en medio de un bosque: „¿Adónde iremos ahora?" se volvia hácia el norte, y me decia: „Allí están nuestras montañas, volvámonos á ellas."

Bien pronto conocí que todos los medios discurridos por mí para distraerle eran inútiles, y que no me quedaba otro

recurso que combatir su pasion con sus mismas armas, valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi debil razon; y así le respondí: ,,Sí, aquellas son las montañas donde vivia tu querida Virgínia, y este el retrato que le diste junto á la fuente de los cocoteros, y que ella conservó hasta el último instante de su vida." Al punto que Pablo vió el retrato, me lo arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamaron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas, sin poder correr. Yo entonces viéndole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes:

Escucha mis razones, querido Pablo, que soy tu amigo, y lo he sido igualmente de Virgínia, y no ignoras que he procurado siempre, en medio de vuestras esperanzas, fortificar vuestra razon contra los accidentes imprevistos de la vida. ¿De qué te lamentas con tanta amargura? ¿de tu desgracia, ó de la de Virgínia?

¿Te lamentas de tu desgracia? sin

duda que es muy grande, pues has perdido la mayor de las mugeres, que habiendo sacrificado sus intereses á los tuyos, te prefirió á los bienes de la fortuna, como el único premio digno de su virtud. Pero ¿qué sabes tú si el objeto de quien podias esperar una felicidad tan pura, tal vez sería para ti la causa de una infinidad de males? Virgínia era pobre y estaba desheredada; y tú únicamente la podias mantener con el trabajo de tus manos. Habiéndose criado con mas delicadeza que tú, y adquirido mas valor con su misma desgracia, la hubieras visto desmejorarse de dia en dia, esforzándose en partir consigo el peso de tus fatigas. ¡Cuánto no se acrecentarian tus penas y las suyas, si teniendo hijos mañana ú otro dia, os vierais precisados á mantener, con solo tu trabajo, á vuestras ancianas madres, y una dilatada familia!

Tú me dirás que el Gobernador os ayudaria; pero ¿quién sabe si en una colonia, donde se mudan tan á menudo

los Gobernadores, hallariais otro como Mr. de la Bourdonais? ¿quién te asegura á ti que el que venga despues de él, no sea hombre de malas costumbres, y peor modo de pensar? Y en este caso, ó vivirias pobre toda tu vida, ó te expondrias á las asechanzas de su corrupcion por conservar tu honor y el de tu esposa, siendo perseguido por aquellos mismos de quienes esperabas proteccion y amparo.

Me podrás decir que á lo menos gozarias de la felicidad independiente de la fortuna, esto es, de proteger al objeto amado, que se estrecha con nosotros en proporcion de su misma debilidad; de consolarle con tus propias inquietudes; de alegrarle con tu misma tristeza, y de aumentar el amor con vuestras penas mutuas. No hay duda que la virtud y el amor, en los matrimonios bien avenidos, gozan de estos placeres amargos. Pero Virginia ya no existe, y te quedan los dos objetos, que despues de ti ha amado mas en este mundo, que son

su madre y la tuya, á quienes su dolor inconsolable hará descender al sepulcro. Pon, pues, tu dicha en ayudarlas, como la tenia puesta ella misma. La beneficencia, hijo mio, es la felicidad de la virtud, y no hay otra mayor ni mas segura que ella sobre la tierra. Los proyectos de placeres, de tranquilidad, de delicias, de abundancia y de gloria, no están hechos para el hombre debil por naturaleza, y pasagero en esta vida. Observa como un paso dado hácia la fortuna, nos ha precipitado á todos de abismo en abismo. Verdad es que tú te opusiste al viage de Virgínia; pero ¿quién diria que no habia de ser para su mayor bien y tuyo? Las instancias de una parienta anciana y rica, los consejos de un Gobernador prudente, los aplausos de una colonia, las exhortaciones y autoridad de un ministro de Dios, han decidido de la suerte de Virgínia. Así regularmente corremos á nuestra perdicion, deslumbrados con las esperanzas de un mundo en-

gañador. Pero al cabo, de tantos hombres como vemos tan afanados de estas llanuras, de tantos como van á buscar fortuna á las Indias, ó que sin salir de su casa disfrutan tranquilamente en Europa de los sudores de estos, ni uno solo hay que no esté destinado á perder un dia de lo que mas estima, grandeza, fortuna, muger, hijos y amigos. La mayor parte tendrán que añadir á esta pérdida la memoria de su propia imprudencia; mas tú, entrando dentro de ti mismo, nada tienes de que reprenderte, pues siempre has tratado á Virginia con las miras mas legítimas, mas puras y mas desinteresadas. Es verdad que la has perdido; pero no ha sido por imprudencia, avaricia ú otra falta tuya, sino porque Dios ha querido valerse de las pasiones de otros para quitarte el objeto de tu amor; Dios digo, de quien tienes todo lo que eres, que ve todo lo que te conviene, y cuya sabiduría no te deja ningun lugar á la desesperacion y arre-

pentimiento, compañeros inseparables de los males de que nosotros hemos sido los autores.

¿Laméntaste de la desgracia de Virginia, de su triste fin y de su estado presente? y por qué? Ella ha padecido la suerte reservada á la grandeza, á la hermosura, y á los imperios mismos. La vida del hombre, con todos sus proyectos, se eleva como una torre, cuyo coronamiento ó remate es la muerte. Estaba condenada á morir desde el instante de su nacimiento. ¡Dichosa ella en haberse desatado de los lazos de la vida, antes que su madre, que la tuya, y que tú mismo: quiero decir, en no haber muerto muchas veces antes de la última!

La muerte, hijo mio, es un bien para el hombre justo; es la noche de este dia inquieto que se llama vida, y el término de las enfermedades, pesares, aflicciones y temores que continuamente agitan á los míseros mortales. Fondea á los hombres que parecen mas dichosos, y

verás cuán caramente han comprado su pretendida felicidad; la opinion pública á costa de mil males domésticos; las riquezas á costa de la pérdida de la salud; el placer tan raro de ser amado á costa de continuos sacrificios; y regularmente al fin de una vida sacrificada á los intereses de otro, no ven al rededor de sí, mas que amigos falsos y parientes ingratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta el último momento: lo fue en nuestra compañía con los bienes de la naturaleza, y lejos de nosotros con los de la virtud; y aun en el instante terrible en que la vimos perecer fue igualmente feliz; porque ya echase los ojos sobre toda una colonia, en cuyos habitantes causaba una desolacion universal, ya los echase sobre ti, que con tanta intrepidez volabas á su socorro, tuvo el consuelo de ver cuán amada era de todos. Fortificada en aquel momento con el testimonio de la inocencia de su vida, recibió entonces el precio que el cielo reservaba á su virtud, un va-

lor superior á los riesgos: en una palabra, presentó á la muerte un rostro sereno.

,,Dios, hijo mio, da en que merecer á la virtud en los varios lances de la vida, para manifestar que ella sola es la que puede hallar felicidad y gloria en los acontecimientos mas terribles. Cuando le reserva una reputacion ilustre, la eleva sobre el gran teatro del mundo, y la pone en combate con la muerte; entonces su valor sirve de egemplo, y la memoria de sus desgracias recibe para siempre un tributo de lágrimas de la posteridad. Ve aquí el monumento inmortal que está reservado para la virtud, en una tierra en que todo pasa, y hasta la memoria de la mayor parte de los grandes es sepultada en eterno olvido.

Pero Virgínia vive todavía. El mismo Dios que la crió la haco feliz, premiando sus virtudes. Ya sabes, hijo mio, que hay un Ente Supremo, á quien toda la naturaleza anuncia, y cuya existencia

te dicta tu mismo corazon, penetrado de la grandeza de sus obras, que están á la vista de todos. Él es el que premia las virtudes, ó castiga severamente los vicios, sin que ningun mortal pueda frustrar los decretos de su justicia. La religion te lo enseña, y no necesito detenerme ahora en probarte una verdad de que estás bien convencido. Ah! si Virgínia ha sido feliz con nosotros, lo será actualmente mucho mas con la posesion de su Criador. Así es de esperar de la infinita bondad de Dios, y de la justicia con que juzga á sus criaturas. Vuelvo á repetir: Virgínia es feliz en el cielo; y si desde la morada de los ángeles pudiera comunicarse á ti, te diria como por última despedida: O Pablo! la vida no es mas que una continua prueba. Yo atravesé los mares por obedecer á mis padres: renuncié las riquezas por conservar mi fe, y preferí la muerte á la violacion del pudor. El cielo me ha libertado, en premio, de la pobreza, de la calumnia y de todos los

males, que afligen al linage humano en ese globo de miserias, donde la vida está en continua lucha con la muerte, y la inocencia con la injusticia; ¡y tú me lamentas! Aquí gozo de una dicha eterna é inefable, sin mezcla de disgustos ni zozobras que la perturben. Sufre, pues, el estado de prueba en que te ha puesto la Providencia en ese mundo, para ser feliz conmigo en este por toda una eternidad. Aquí tendrán fin tus penas, y se enjugarán tus lágrimas. O Pablo, Pablo! eleva tu alma á lo infinito, para soportar los trabajos de un instante."

Al llegar aquí, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo, mirándome de hito en hito, exclamó: ,,¡Pero ella no vive, ella no vive!" y una larga congoja se siguió á estas dolorosas expresiones. Despues, volviendo en sí, me dijo: ,,Ya que la muerte es un bien, y Virgínia feliz, quiero morir cuanto antes para juntarme con ella." De modo que las mismas razones con que yo

procuraba consolarle, solo sirvieron para fomentar mas su pena; y me vi entonces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo que se sumerge en un rio, sin querer nadar. El dolor tenia sumergido á Pablo. Ay de mí! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida, y Pablo no habia experimentado ninguna.

Volvimos por fin á su cabaña, donde encontré á su madre y á Madama de la Tour en peor estado que antes de nuestra salida; pero particularmente Margarita era la que se hallaba mas abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que menos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente: ,,Sabed, vecino, como esta noche me pareció ver á Virgínia vestida de blanco en medio de florestas y jardines deliciosos, que me decia: *Yo gozo de una felicidad digna*

de envidia. Despues se acercó á Pablo con semblante muy risueño, y se le llevó consigo; y como yo hiciese esfuerzos para detener á mi hijo, experimenté que yo misma dejaba la tierra, y le seguia con un gusto indecible. Quise entonces despedirme de mi amiga, mas vi que nos seguia con Domingo y María. Pero lo que me parece mas extraño (continuó) es que Madama de la Tour ha tenido un sueño esta noche, acompañado de las mismas circunstancias."

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podria tener alguna analogía con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mugeres tardó bien poco en realizarse. Pablo murió dos meses despues de su amada Virgínia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho dias despues de la muerte de su hijo, con una

alegría, que sola la virtud es capaz de experimentar, despidiéndose con la mayor ternura de Madama de la Tour, con la esperanza, como ella decia, de una dulce y eterna reunion en la otra vida.

El Gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobrevivieron mucho tiempo á sus amas. El pobre Leal tambien murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo en medio de tantas desgracias con increible grandeza de alma, fue Madama de la Tour, á quien yo llevé á mi compañía. Esta valerosa muger, despues de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar mas que los de estos, me hablaba todos los dias de ellas, como de unos amigos estimados que vivian en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tia de París, lejos de atribuirle Madama de la Tour sus

males, pedia á Dios la perdonara, y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que segun supimos despues, la agitaron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tia desapiadada, no tardó en experimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que posteriormente llegaron á esta isla, se supo que estaba poseida de una especie de melancolía, que le hacia igualmente insoportable la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á sí misma el fin prematuro de su sobrinita, y la muerte de su madre que á ella se habia seguido; tan pronto se aplaudia de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su bajo modo de pensar, como ella decia, habian deshonrado su casa y familia. A veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en París: ,, ¿Por qué no los envian, exclamaba, á estos haraganes á perecer en nuestras colonias?" A temporadas daba en ser devota, y

otras por el extremo opuesto ; sin acertar jamas á guardar el justo medio de una virtud síncera y constantemente seguida. En suma, lo que mas aceleró el término de su miserable vida, fue el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos naturales de la sangre á la avaricia de su corazon y á la vanidad de su familia; y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos parientes que aborrecia. Y habiendo intentado, en venganza, enagenar lo mas pingüe de su patrimonio porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de manía á que estaba sujeta, la hicieron encerrar como loca, y pusieron sus bienes en administracion. Así que sus mismas riquezas fueron la causa de su perdicion; y como ellas habian empedernido el corazon de la que las posefa, por la misma razon endurecieron el de los que las deseaban. En suma, para colmo de su desgracia murió con bastante conocimiento

para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habian dirigido durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virgínia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fue enterrado su amigo Pablo; y al rededor de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles, ni se grabaron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos á quienes tenian obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor de los que huyeron cuando vivian; prefieren al contrario, andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas, donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre

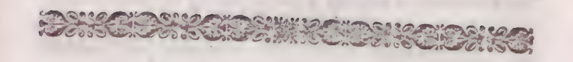
los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parages de esta isla, que eternizarán la pérdida de Virgínia. Se ve cerca de la isleta del Ambar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado *el Paso del San Gerando*, del nombre del navío en que naufragó Virgínia. La extremidad de aquella larga punta de tierra que veis á tres leguas de aquí, medio cubierta con las olas del mar, y que el San Gerando no pudo doblar la víspera del huracan para entrar en el puerto, se llama *el Cabo Desgraciado*; y ved allí enfrente de nosotros, en los confines de ese valle, *la Bahía del Sepulcro*, donde se encontró entre la arena el cadaver de Virgínia, como si el mar hubiese querido restituirle á su familia, y tributar los últimos homenages á su pudor, en las mismas playas que ella habia honrado con la inocencia de su vida.

Jóvenes tan tiernamente unidos! madres desgraciadas! amadas familias! es-

tos bosques que os daban su sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde reposabais todos juntos, lloran todavía el haberos perdido. Nadie, despues acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros vergeles están destruidos; vuestros pájaros han huido, y solo se oyen los silbos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos, como un viagero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano derramando abundantes lágrimas; y las mias habian corrido mas de una vez durante esta funesta relacion.

FIN.



NOTAS.

(1) *La isla de Francia*, vista en el mapa parece un punto imperceptible en medio de la inmensidad del Océano. En ella hacen escala las embarcaciones que navegan á las Indias orientales, y desde que Mr. de la Bourdonais entró á gobernarla, se puede decir que está en estado de llegar á ser otra Batavia, pues en su tiempo fue construido el arsenal mas cómodo y seguro para los navíos de la compañía francesa de la India. La descubrieron los portugueses; pero habiéndose apoderado de ella los holandeses el año de 1598, la llamaron isla *Mauricia* en honor de Mauricio, príncipe de Orange, que les comandaba. El año de 1712 la abandonaron estos, y habiendo pasado á los franceses, se llama desde entonces *Isla de Francia*. Tiene montes muy espesos, y producen tanta multitud de ébanos, que proveen de esta

madera á casi toda la Europa. En sus pastos se cria mucho ganado, especialmente ciervos, machos de cabrío, cabras, puercos, toros, vacas y caballos silvestres: hay muchos perros, infinidad de pájaros y aves de todas especies, murciélagos gordísimos mayores que pichones, que tienen la cabeza como la de los monos: abundancia de pesca, así de rio como de mar: hay unas tortugas ó galápagos muy grandes, y un pez llamado *Raya*, tan gordo, que con uno solo se puede mantener un dia toda la tripulacion de un navío: se hallan tambien vacas y bueyes marinos de á diez y doce pies de largos, y gruesos á proporcion. El gobierno reside en un consejo supremo, cuyo presidente es gobernador general de la isla. Hay un hospital construido por Mr. de la Bourdonais, capaz de contener de 400 á 500 camas: un canal de 366 toesas de largo, que conduce las aguas al puerto y al hospital: muchos arsenales, fortificaciones, alojamientos ó cuarteles para los oficiales, lonjas, oficinas, y molinos de azucar construidos por el expresado gobernador, el primero que ha formado los plantíos de ella; ha establecido fabricas de coton y de añil, y ha enseñado á los habitantes de la isla, no solamente á calafatear los navíos, sino tambien á construirlos.

(2) *Pamplemusas*: nombre propio del arrabal, por la especie de árboles que en él crecen, los cuales producen unas como naranjas del tamaño de la cabeza, de exce-

lente sabor, semejantes en cierto modo al de la fresa. Es fruta muy comun, así en las Indias como en la China.

(3) *Banbú*: planta de Indias, especie de caña, que arroja desde la raiz multitud de pies ramosos llenos de nudos huecos, separados de trecho en trecho, y mucho mas notables que los tallos de las cañas comunes; el hueco de estos nudos contiene un jugo dulce y agradable, de que se saca el azucar; las hojas salen de los nudos acompañadas de espinas, y tienen cuatro ó cinco pulgadas de largo, un dedo de ancho; son puntiagudas y acaneladas, las flores en espiga y al modo de las del trigo. Llámase tambien *caña de azucar ó caña dulce*, y hay tres especies de ellas. En latin *arundo tabuxifera spinosa.*

(4) *Latanero*: especie de palmera que sube mucho y tiene el tronco delgado, pero de madera tan dura en la parte exterior, que parece hierro; aunque interiormente se compone de una substancia blanda. Produce una especie de cebolleta de no muy grato sabor.

(5) *Palmera*: compréndese bajo de este nombre ó del de *palma* el arbol que da las palmas, que hay muchas especies en las Indias. En América se llama *palmito* el fruto que producen las palmas reales. En latin *palma.*

(6) *Yugadas*: la voz francesa *arpans*, equivale á lo que en castellano se llama yugada ó aranzada, como dicen otros. Ca-

da yugada viene á ser el trabajo que hacen en un dia un par de bueyes.

(7) *Banano*: arbol de las Indias orientales y occidentales. Es una especie de plátano muy diverso del de Europa, que por otro nombre se dice *higuera de Adan*; tiene de alto de doce á quince pies, y sus hojas son de cuatro á ocho pies de largo, y de quince á diez y ocho pulgadas de ancho; de modo que pueden servir de manteles, servilletas, y aun de colchones para dormir blandamente y á placer: son de un color verdegay hermoso, y tan tersas y consistentes como el papel. El fruto que produce y que los indios llaman *banána*, es á modo de racimo ó ramillete, y del grueso de un brazo, y de doce á quince pulgadas de largo. Es á propósito para asarse debajo del rescoldo, ó para cocerla como la carne. Hay muchas especies, y en varias partes llaman á este arbol *manzano del Paraiso*. En latin *musa arbol.*

(8) *Constelacion de Géminis*: término de astronomía, para significar uno de los doce signos del Zodíaco, que representa dos mellizos ó gemelos.

(9) *Hijos de Léda*, término de la mitología ó historia fabulosa, que significa la hija de Thiestes y muger de Tíndaro, rey de Laconia. Fue amada de Júpiter, que le sedujo transformado en cisne; y supone la gentilidad que parió dos huevos; el primero de Júpiter, que contenia á Polux y Helena, y el segundo de Tíndaro,

que contenia á Castor y Clytemnestra.

(10) *Niobe*, término mitológico, que significa la hija de Tántalo y muger de Amfion, rey de Tebas.

(11) *Negra marrona*: en las colonias se llaman así los esclavos que huyen á los bosques para vivir en libertad.

(12) *Tamarindo*: arbol de las Indias orientales, del tamaño del nogal; sus hojas son parecidas á las del helecho hembra; las flores blancas, semejantes á las del naranjo, y su fruta de un dedo de largo y una pulgada de grueso; contiene una pulpa ágria y agradable al gusto, entre la cual se halla una semilla semejante á los alberjines. En latin *tamarindus*.

(13) *Montaña de los tres Pechos*: hay muchas montañas, cuyas cimas torneadas en figura de pechos de muger, tiene este mismo nombre en todas las lenguas. Llámanse así con toda propiedad, porque son efectivamente como verdaderos pechos, de donde dimanan los principales rios que fertilizan la tierra, siendo ellas las que constantemente les suministran las aguas, atrayendo continuamente las nubes al rededor del pico, que se eleva en su centro á manera de pezon. En nuestros *estudios de la naturaleza* hemos indicado mas de una vez estas previsiones admirables de la naturaleza. (Nota del autor.)

(14) *Ajupa*: especie de choza á que los indios dan este nombre.

(15) *Escolopendra*: se llama tambien

lengua de ciervo ó doradilla: sus hojas son hendidas como las del polipodio, bellosas y algo rubias por la parte inferior, y verdes por la superior. *Asplenium, scolopendrium* de Lineo.

(16) *Se las di á oler á Leal*: este rasgo de sagacidad del negro Domingo y de su perro *Leal*, es parecido al del indio *Theumenisa* y en su mastin *Oniah* que refiere Mr. Crevecueur en su obra llena de sensibilidad, titulada: *Cartas de un cultivador americano*. (El autor.)

(17) *Liana*: especie de planta americana y de algunas islas, muy parecida á la yedra por su propiedad de abrazar y enroscarse á los árboles, pero con mucha mas fuerza y tallos mas gruesos que los de la yedra comun, de modo que á veces los hace secarse. Sus ramas, no solo suben perpendicularmente hasta la cima del arbol á que se arrima, sino que volviendo á bajar en la misma direccion se prenden en la tierra, y tomando raiz se elevan nuevamente: por manera, que enlazándose de un arbol en otro, figuran á veces la jarcia de un navío. Los indios hacen de ellas diversos usos de mucha utilidad. Latin *illaqueavilis* de Lineo.

(18) *Atero*: arbol muy hermoso, parecido algun tanto al anánas, aunque mucho mas alto. Su fruta se compone de una carne muy blanca, de un gusto azucarado: el hollejo ó corteza es muy grueso. Es arbol propio del reino de Siam, y de algu-

nas otras partes de la India oriental.

(19) *Agatío*: el tronco del agatío tiene 24 pies de alto y 6 de grueso por lo regular. Se eleva hasta una altura considerable, y crece en los terrenos areniscos: la madera es blanda, las ramas las echa en el medio y en la cima, y se cubre de flor en los tiempos lluviosos tres ó cuatro veces al año. Produce una especie de habas, que sirven para comerse.

(20) *Lila de Persia*: otros le llaman *Lilac*, y tambien *Avellano de la India*: arbusto, cuyo tronco es delgado, recto y ramoso, que da por fruto unas nueces, á las cuales llaman los boticarios *Ben*, de que hacen el aceite de este nombre. *Siriuga persica* de Lineo.

(21) *Papayo*: arbol alto como de 20 pies, y grueso á proporcion, las hojas divididas en tres puntas así como las de la higuera: su fruta es á modo de melon, que refresca, conforta el estómago, y ayuda á la digestion. *Carico papaya* de Lineo.

(22) *Nangle*, y no *mango* como algunos dicen: arbol bajo por lo comun, aunque los hay como nuestros castaños, de hojas parecidas á las del peral, pero mas gruesas y largas: se crian á las orillas de los rios y en sitios pantanosos: los hay en todas las islas de América, y tambien en la tierra firme: destilan cierta resina muy saludable y util para llagas, quebraduras, &c. las flores son blancas, la fruta como medio pie de largo, con una carne

semejante á la de la médula de los huesos, y aunque amarga, es muy medicinal y provechosa.

(23) *Guayavo*: arbol de 20 pies de alto, y grueso á proporcion, el tronco es derecho, duro y frondoso, y la flor como la del membrillo, blanca y olorosa; echa despues de la flor una especie de peras, de color amarillo cuando estan en toda su sazon: desde los 3 años hasta los 30, da flores y guayavas.

(24) *Palto*: arbol alto, cuya fruta llamada *palta*, es de corteza verde, de una carne mantecosa, y de figura de pera: el hueso es mas grande que el de melocoton: se crian de mejor calidad en los terrenos ardientes que en los frios.

(25) *Jaceros*: arboles altos de la India, cuya fruta del tamaño de una calabaza, suele pesar á veces hasta cien libras. Estos árboles se crian á las orillas del agua, y son muy frondosos: las *jaceras*, estando bien maduras, despiden una fragancia que se percibe á mas de cien pasos, y contienen varias celditas llenas de una especie de castañas, que son de muy buen sabor asadas.

(26) *Jamberos*: estos árboles conservan todo el año la hoja y la flor, y su fruta llamada *jambos*, es muy estimada; la de mejor calidad es la que tiene olor de rosa; hay dos especies de *jambos*, unos con hueso y otros sin él. Los portugueses llaman á este arbol *jambeyo*.

(27) *Aloes*, ó *aloe*: bajo de este nom-

bre comprenden los botánicos la zábila, la pita y demás especies de plantas que echan la flor parecida á la del lirio El arbol del aloe se cria en diversas partes de las Indias orientales, y particularmente en la Cochinchina; es semejante al olivo, aunque mas corpulento; y su madera nudosa y de color oscuro, da mucha fragancia si se quema. Latin *Agallocum.*

(28) *Raqueta*: planta cuyas flores de color pajizo despiden un olor muy delicioso.

(29) *Cirio espinoso*: es una especie de cardo grande, á que los caribes llaman *Akoulerou*: por lo regular se hace una mata grande, tupida y cercada por todas partes de agudas y delicadas espinas: los tallos tienen la figura de cirio, las flores son pajizas ó moradas: la fruta es á manera de un higo grande, y agradable al paladar. *Cereus peruvianus* de Lineo.

(30) *Poinciana, ó ponciana*, arbusto de la América, que tambien se cultiva en algunos jardines de Europa; tiene las hojas encarnadas, y la corteza lisa y de color de púrpura: crece sin cultivo hasta la altura de 6 ó 7 pies, y sus flores son tan hermosas, que suelen llamarse de *pavo real.* En latin *Adenanthera pavonina* de Lineo.

(31) *Tacamaco*: el tacamaco es un arbol alto y hermoso, muy conocido en Nueva España: la goma ó resina del tacamaco es medicinal: la hay fina y ordinaria. *Tacamaca.*

(32) *Cocotero*: el arbol que da los *cocos*, y es muy parecido á la palmera, tiene las hojas tan anchas, que suelen cubrirse los techos con ellas, y los indios las usan á veces para velas de las canoas.

(33) *Pervinca*: planta de que habla Plinio, cuyo jugo sirve para aliviar las fluxiones y dolores de muelas. Llámase tambien *yerba doncela*, y es muy comun entre las breñas, en los bosques y otros sitios húmedos y sombríos; arroja desde la raiz muchos tallos verdes, ténues, nudosos y largos, que serpenteando por la tierra, se agarran á cuanto encuentran. En latin *vinea pervitica clematida.*

(34) *Yerba valsamina*: planta cuyos botones se parecen á la cabeza de la grulla con su pico, por cuya razon se le da el nombre de *geranium* tomado del griego, que quiere decir grulla: hay hasta ocho especies de esta planta.

(35) *Basiliscos*: es una planta indiana, de agradable color y de mucha fragancia.

(36) *Negra fragata*: es un pájaro del Trópico, que remonta mucho su vuelo, y el que se mantiene mas tiempo en el aire; llámase *fragata* por razon de su volar facil y ligero; tambien *rabihorcado*, porque su cola forma la figura de una horquilla. Es del tamaño de una gallina, pero tiene las alas tan largas, que casi son de nueve pies; se alimenta de peces, y persigue á las otras aves marítimas, hasta que sueltan los que llevan en el pico.

(37) *Pájaro blanco del Trópico*: es del tamaño de una paloma, y tiene en la cola de 15 á 20 plumas, entre las cuales sobresalen mucho las dos del medio: llámase tambien por esta razon *rabo de junco*; se eleva extraordinariamente, y se somormuja en el agua.

(38) *Bengalí*: el bengalí es una especie de gorrion, de que hay mucha abundancia en las islas Filipinas.

(39) *Cardenales*: el pájaro llamado *cardenal*, es del tamaño de un mirlo; pero su canto es muy delicioso, y el plumage en extremo vistoso, y mucho mas cuando vive libre en los bosques, que encerrado en las jaulas y pajareras.

(40) *Ambas*: fruta del arbol llamado *magna*; es de un verde semejante al de la primera corteza de nuestras nueces, y mayor que un melocoton; la corteza, cuando estan maduros, es amarga, amarilla y lustrosa; pero la carne es dulce como la miel.

(41) *Banánas*: la banána es la fruta que da el banáno, y las hay largas como el brazo, que los indios llaman *ontsi*: haylas tambien muy pequeñas, que se llaman *acoudres*.

(42) *Anánas*: planta indiana, que los españoles llaman comunmente piñas; es tan grande como un melon ordinario, y parece que multiplica los sabores como si fuera maná. En las Antillas las hay de tres especies. En latin *nux pinea indica*.

(43) *Atas*: fruta del arbol llamado *atero*.

(44) *Acimboyas*: fruta que otros llaman *cimbogas*, y es de la especie del cidro; se conocen en los reinos de Murcia y de Valencia.

(45) *Volutas ó roleos*: voluta, en la arquitectura se llama la línea entortijada espiralmente, que constituye el adorno principal de los capiteles jónicos y compuestos. Saint Pierre aplica este término con propiedad á la figura que hacen las olas antes de romperse en las peñas, arrecifes ó arenales; de lo cual solo puede formar idea el que haya visto el mar embravecido.

(46) *Se hacian divergentes*: término de la óptica, el cual se dice de los rayos de la luz, que habiendo sufrido la refraccion ó la reflexion, se van apartando los unos de los otros al mudar de medio, como sucede con los vidrios cóncavos de ambos lados.

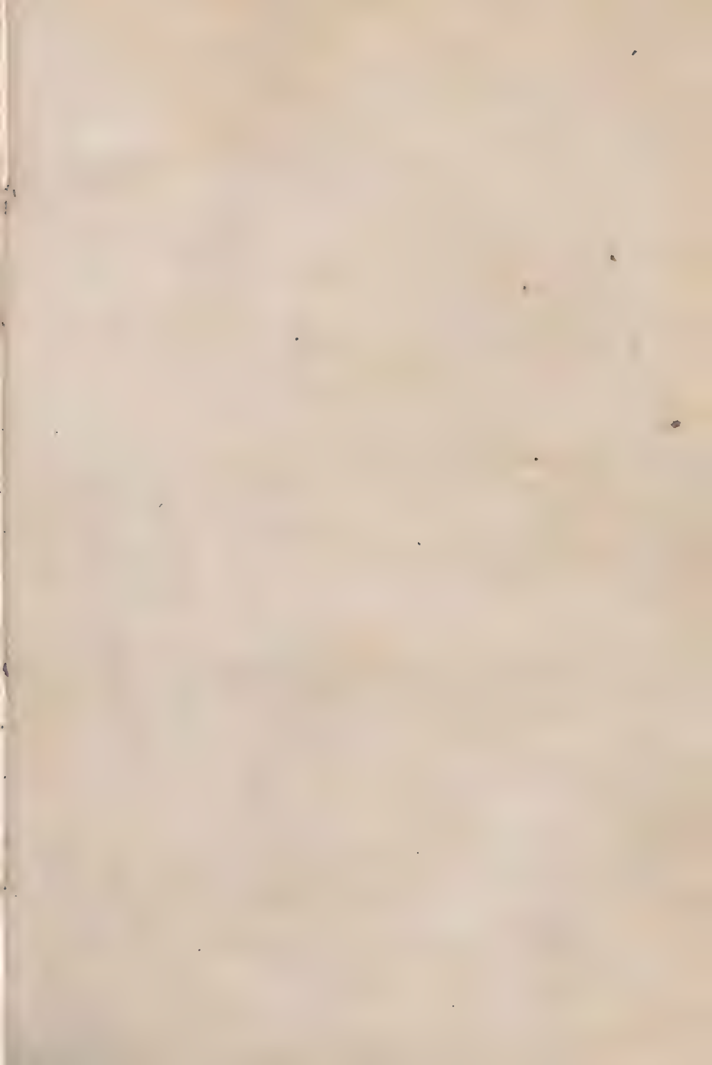
(47) *Yuca*: raiz que los indios llaman *mañioc*: se parece al rábano, aunque mas parda y gruesa de corteza, de que se hace en la América el pan comun, reducida á granitos como anises. Dicen que comida cruda es como venenosa, pero preparada y amasada la harina que se hace de ella, es sabrosa; y algunos europeos la prefieren al trigo.

(48) *Driadas* y *faunos*: los gentiles llamaban driadas á las ninfas que presidian en los bosques; y faunos á unos animales que el paganismo fingia ser dioses de los campos y de las selvas, engendrados de la tierra, y de muy larga vida.

LIBROS QUE SE HALLAN

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA DE MOMPIÉ.

Numa Pompilio 8. 2.
Gonzalo de Córdova 8. 2.
Novelas nuevas 8. 1.
El Cementerio de la Magdalena 8. 4.
Cartas de Leonardo Eulier 8. 4.
Ricardo y Sofía, ó los yerros del amor 8. 2.
Elena y Roberto, ó los dos padres. 8. 2.
Herman y Dorotea, del célebre *Goëthe* 8. 1.
Las pasiones del joven Verter 8. 1.
Por el mismo.
Amor y Virtud, ó las cinco novelas 8. 1.
Zunilda y Florvel, ó las costumbres de Suecia 8. 1.
Reynaldo y Elina, ó la sacerdotisa peruana. 8. 1.
Celia ó el padre y la hija 8. 1.
Voyleano ó la exaltacion de las pasiones 16. 2.
Novela original española 1827.
Adelayda ó el triunfo del amor. 8. 1.
Vayo. Poesías 8. 1.
Quince dias en Londres 8. 1.
Seis meses en Londres 8. 1.
La Carolina 12. 3.
Noches lúgubres 16. 1.
Coleccion de novelas y cuentos de M. Genlís. 11 cuadernos en 8.
Ramiro. Conde Lucena 16. 2.
El engaño feliz. 16. 1. Nueva edicion con una lámina fina.
La muger feliz 8. 3.
El Evangelio en triunfo, ó historia de un filósofo desengañado 8. 4. con láminas.
La Filósofa por amor 8. 2.
Isla. Cartas familiares 8. 6.
—— Dia grande de Navarra 8. 2.
Campmany. Filosofía de la Elocuencia 8. 2.
Alejo ó la casita en los bosques 12. 2.
Etelvina ó historia de la Baronesa de Castelacré 8. 2.
Estevanillo Gonzalez, su vida y hechos 8. 1.
Aventuras de Telémaco 8. 2.
Id. en español y frances 8. 2. marq.

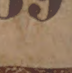






PABLO
Y
VIRGINIA






colorchecker CLASSIC
calibrite
mm